

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE
• DELEGACIÓN PARA EL CLERO •
Meditaciones sacerdotales

«Tened entre vosotros los
sentimientos de Cristo»

(Flp 2, 5)



El presbítero, hombre de comunión

CURSO 2018-2019

Material para uso en los arciprestazgos
Formación Permanente del Clero

**«Tened entre vosotros los
sentimientos de Cristo»**

(Flp 2, 5)

El presbítero, hombre de comunión

Diócesis de Orihuela-Alicante

DELEGACIÓN PARA EL CLERO

Formación Permanente del Clero

**«Tened entre vosotros los
sentimientos de Cristo»**

(Flp 2, 5)

El presbítero, hombre de comunión



MEDITACIONES SACERDOTALES

Material para uso en arciprestazgos

Curso 2018/2019

Primera edición: agosto, 2018.

© Obispado de Orihuela-Alicante.

C/Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.

Índice

Presentación del Sr. Obispo7

Introducción 13

SESIONES EN EL ARCIPRESTAZGO

PRIMERA MEDITACIÓN

El presbítero, hombre de comunión.....19

SEGUNDA MEDITACIÓN

El corazón del sacerdote.....37

TERCERA MEDITACIÓN

El sacerdote, hombre del discernimiento espiritual.....55

CUARTA MEDITACIÓN

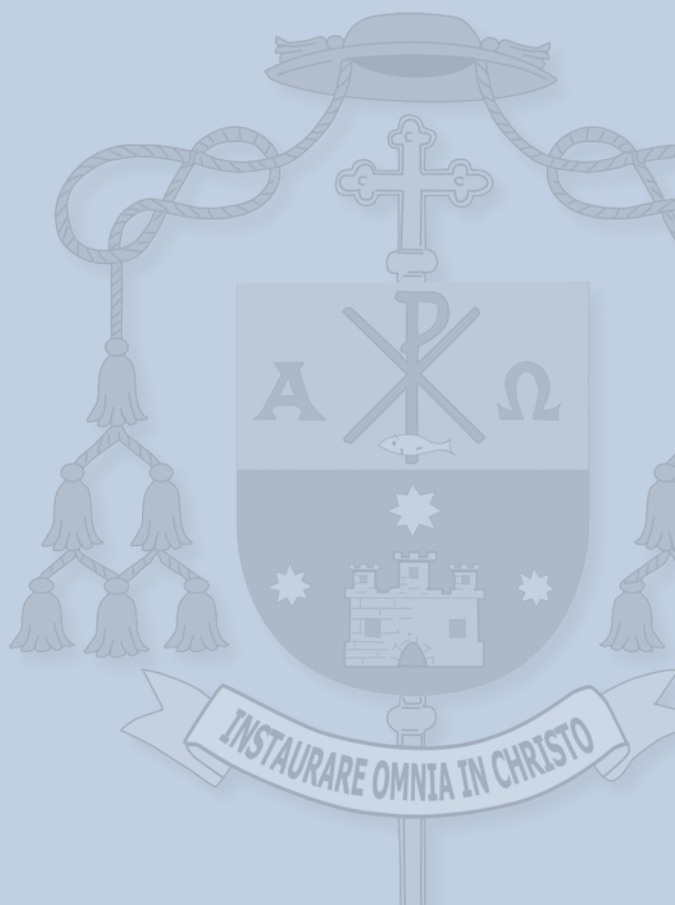
El sacerdote, hombre de la pedagogía pastoral del deseo.....79

**Consejo Episcopal. Propuestas elegidas de la memoria del Encuentro
Diocesano Sacerdotal. Curso 2018-2019. Encuentro y comunión.....99**

Ofertas formativas curso 2018-2019 103

Fechas a considerar del calendario del plan diocesano 2018-2019..107

PRESENTACIÓN DEL SR. OBISPO



Presentación del sr. Obispo



Queridos hermanos sacerdotes:

Me alegra presentar la publicación de nuestra Delegación diocesana para el Clero para el curso 2018/2019, a la que agradezco su constante trabajo a favor de nuestra formación permanente. La lectura de estas meditaciones sacerdotales me sugiere un serie de cuestiones de la cuales cabe destacar tres, que quiero compartir con vosotros.

Título y subtítulo del texto

En primer lugar, os invito a considerar el título y el subtítulo del folleto. El título nos indica sobre qué va a versar nuestra formación permanente, «Tened entre vosotros los sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5). Este objetivo nos invita a nosotros, los presbíteros, a identificar y a transformar nuestros sentimientos a la luz de los sentimientos de Cristo. Por su parte el subtítulo, «El presbítero, hombre de comunión», nos indica el aspecto desde donde se abordan los sentimientos del sacerdote, en cuanto hombre de comunión, pues transformado su corazón y sus sentimientos el presbítero puede lograr ser hombre de comunión. Este objetivo formativo tiene un itinerario de cuatro meditaciones sacerdotales como camino por el que las entrañas de Cristo transforman la afectividad, los deseos y el corazón del sacerdote. Pero a su vez, también cada meditación se titula con un texto de la carta a los Filipenses y un subtítulo que nos orienta en cada meditación sobre cada aspecto formativo de este itinerario.

El marco del texto

Fácilmente, una vez leído el texto, se pone de manifiesto el marco en el que este se redacta. Yo encuentro tres fuentes configuradoras de ese marco: la Iglesia universal, la Iglesia particular y la vida y ministerio sacerdotales. La primera fuente, la Iglesia universal, nos sitúa en la intensificación del carácter misionero de la Iglesia; no podemos dudar de que hay una llamada insistente del Espíritu a la transformación misionera de la Iglesia; y para ello, es preciso el fervor misionero y el entusiasmo del corazón evangelizador. La segunda fuente que encuentro en el texto es la Diócesis, y la agradezco de corazón, pues la Delegación para el Clero ha hecho una aplicación del Plan Diocesano de Pastoral, en sus Itinerarios Formativo y Pastoral, siempre en el marco de «Encuentro y Comunión», y de su objetivo prioritario para este curso: «Ordenar los afectos del discípulo en el misterio de Cristo a la luz del encuentro de Cristo con la samaritana», aplicados a nuestro caso al presbítero como discípulo evangelizador.

Finalmente, hay una tercera fuente del texto, no menor, que nace de nuestro Encuentro Diocesano Sacerdotal; el folleto asume e invita a reflexionar, en las distintas meditaciones, sobre las sugerencias prioritarias que el Consejo Episcopal seleccionó de la Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, y que se reducen a tres: «motivar y alentar una auténtica fraternidad sacerdotal potenciando los distintos espacios de acompañamiento mutuo»; «buscar y encontrar espacios de confianza y de amistad sacerdotal sincera: equipos sacerdotales unidos por la misión como el Arciprestazgo, grupos naturales de sacerdotes, párroco y vicario parroquial, amigos sacerdotales desde la juventud»; y «cualificar el Arciprestazgo y sus reuniones, sus fines y su método, sus horarios, la elección y la función organizativa del arcipreste como persona idónea de comunión y tensión evangelizadora».

Las apuestas del texto

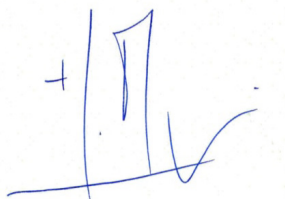
El texto profundiza y apuesta por temas centrales de la espiritualidad sacerdotal. Creo que el utilizar la carta a los Filipenses de

san Pablo para la aplicación de los objetivos del Plan Diocesano de Pastoral da de sí mucho para abordar la afectividad, el deseo y el corazón del presbítero. Del mismo modo la unidad y estructuración del deseo, el discernimiento de los deseos y movimientos de la persona, así como proponer una pedagogía del deseo, siguiendo a Benedicto XVI, como el camino del acompañamiento pastoral.

Que la Virgen María, que «sabe modelar el corazón sacerdotal», como nos dice nuestro Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros en su número 85, nos ayude a renovar nuestro corazón y haga brotar en nuestras vidas sacerdotales el fervor evangelizador.

Y que nuestro santo Patrono de la Diócesis, San Vicente Ferrer, nos enseñe a ser verdaderos evangelizadores con espíritu, según sus palabras en el Tratado de vida espiritual, c. 14: «tú, pues, quien quiera que seas, que desees ser útil a las almas de tus prójimos, primero de todo recurre a Dios de todo corazón y suplícale siempre en tus oraciones que se digne infundir en ti aquella caridad, compendio de todas las virtudes, por la que puedas llevar a cabo lo que desees».

Con mi gratitud, por vuestra entrega diaria al servicio del Evangelio en nuestra querida Iglesia diocesana, mi afecto y bendición.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

Introducción



Introducción

El Plan Diocesano de Pastoral

El Plan Diocesano de Pastoral en sus Itinerarios Formativo y Pastoral, siempre en el marco de Encuentro y Comunión, ofrece como objetivo para el curso 2018/2019 «Ordenar los afectos del discípulo en el misterio de Cristo a la luz del encuentro de Cristo con la samaritana», promoviendo en el evangelizador una madurez afectiva en Cristo que genere una espiritualidad de comunión y una pastoral de atracción y de contagio. La samaritana es un paradigma humano en el que estudiar y discernir el deseo de Dios en los deseos de la persona. El Plan Pastoral para este curso, pues, se desenvuelve en la consideración de la relación entre afectividad, deseo y corazón con experiencia cristiana, evangelización y comunión de cada discípulo y de cada evangelizador.

La Formación permanente del Clero

A la luz de este Plan Diocesano de Pastoral, la Formación permanente del Clero medita sobre el corazón del sacerdote en el marco de su configuración con Cristo Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo: «El presbítero, por tanto, debe ser formado de modo que su corazón y su vida sean conformes al Señor Jesús, llegando a ser un signo de amor de Dios para cada hombre»¹, es decir, «reproduzca los sentimientos y actitudes de Cristo en relación con la Iglesia, tiernamente amada mediante el ejercicio del ministerio; por tanto, se le pide»² «ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de «celo» divino, con

1 Congregación para el Clero, El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis, 40. En adelante, Ratio.

2 Ratio, 39.

una ternura que incluso asume los matices del cariño materno»³. De este modo, transformados el corazón, la afectividad y los deseos del sacerdote, el presbítero se puede convertir en «hombre de comunión»⁴, pues de la conformación con el corazón de Cristo emerge por contagio una relación de comunión con todos sus hermanos sacerdotes, con los fieles, con su obispo, con la Iglesia y con el mundo.

La carta a los Filipenses. La Formación Permanente del Clero

Para la aplicación del Plan Diocesano de Pastoral a la Formación permanente del Clero utilizaremos el texto de la carta de San Pablo a los Filipenses; en ella podemos meditar la comunión, el deseo, los sentimientos, los afectos, el corazón y su ordenamiento en la persona y vida del sacerdote como una explicitación del texto de la samaritana de Jn 4, 1-42. Esta carta pone en evidencia el proceso y el itinerario cristianos de san Pablo una vez transformado, centrado en Cristo y cambiada toda su vida, cambiado su ordo amoris, el orden de amor y de la valoración. La carta contiene mucha riqueza teológica y humana en orden a la comunión a partir de la transformación de los sentimientos y del corazón. De la carta a los Filipenses sacaremos los textos bíblicos que conforman las cuatro meditaciones sacerdotales sobre los aspectos del sacerdote como hombre de comunión y sobre su corazón, su discernimiento espiritual y pastoral, y su amor en forma de caridad pastoral.

«Tened entre vosotros los sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5). El presbítero, hombre de comunión.

Este título es propiamente el objetivo de la Formación permanente del sacerdote para este curso 2018/2019. El objetivo invita al presbítero a comprender sus sentimientos y los deseos de su corazón, a identificarlos, a nombrarlos y a transformarlos a la luz de los sentimientos de Cristo como fundamento de toda comunión. Las cuatro meditaciones sacerdotales proponen contemplar

³ San Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, 22. En adelante, PDV.

⁴ Ratio, 41; cf. San Juan Pablo II, PDV, 18.

y meditar el camino por el que las entrañas de Cristo transforman la afectividad, los deseos y el corazón del sacerdote para que sin dejar de ser verdadera afectividad, deseos y corazón hagan presentes el amor entrañable de Cristo Buen Pastor. Se aborda, pues, la afectividad, el deseo y el corazón del presbítero, comprendiendo sus movimientos saludables o inmadurantes⁵. La Formación permanente se sitúa en el corazón creyente del presbítero, formar el corazón. La cuatro meditaciones sacerdotales son:

MEDITACIÓN 1ª. «TENED ENTRE VOSOTROS LOS MISMOS SENTIMIENTOS DE CRISTO» (Flp 2, 5). EL PRESBITERO, HOMBRE DE COMUNIÓN.

MEDITACIÓN 2ª. «PARA MÍ VIVIR ES CRISTO Y MORIR UNA GANANCIA» (Flp 1, 21). EL CORAZÓN DEL SACERDOTE.

MEDITACIÓN 3ª. «QUE VUESTRO AMOR SIGA CRECIENDO MÁS Y MÁS EN PENETRACIÓN Y SENSIBILIDAD PARA CAPTAR LOS VALORES» (Cf. Flp 1, 9). EL SACERDOTE, HOMBRE DEL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL.

MEDITACIÓN 4ª. «TESTIGO ME ES DIOS DEL AMOR ENTRAÑABLE CON QUE OS QUIERO, EN CRISTO JESÚS» (Flp 1, 8)».EL SACERDOTE, HOMBRE DE LA PEDAGOGÍA PASTORAL DEL DESEO.

La metodología del folleto y de las sesiones de Arciprestazgo

El folleto ofrece una metodología para su uso, en la vertiente personal y arciprestal, ya conocida y practicada durante varios años por la Formación permanente. Es importante el trabajo personal para que el encuentro arciprestal sea rico y fecundo.

⁵ Cf. Ratio, 41ss.

Recordemos la sugerencia del Encuentro sacerdotal, que una de las sugerencias elegida por el Consejo Episcopal de la Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal para llevarla a la práctica:

La propuesta n. 5 de la dimensión eclesial del presbítero:

«Las reuniones de Arciprestazgo: cualificar sus fines y su método, sus horarios, la elección y la función organizativa del arcipreste como persona idónea de comunión y tensión evangelizadora»⁶.

Si todo momento puede ser un «tiempo favorable» (cf. II Cor 6, 2) en el que el Espíritu Santo nos configura el corazón de pastor, los mismos encuentros arciprestales de reflexión en común, en cuanto Formación permanente in situ, pueden ser ocasión para un crecimiento espiritual y humano⁷.

Curso sobre los sentimientos de Cristo en la Cátedra de Teología Espiritual San Juan de Ávila

Dada la modesta y resumida reflexión de estas cuatro Meditaciones sacerdotales, la Cátedra de Teología Espiritual San Juan de Ávila ofrecerá a partir de noviembre de 2018 un curso titulado *Las actitudes del Evangelizador: evangelización y madurez afectiva*. En este curso se abordará con mayor pausa y extensión los sentimientos, el deseo, la afectividad y el corazón del sacerdote a la luz de los sentimientos de Cristo, con el fin de ampliar, fundamentar y profundizar lo que en este folleto sólo se enumera.

6 Delegación para el Clero, Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal 2017-2018, Obispado de Orihuela-Alicante, Alicante 2018, p. 75. En adelante, Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal.

7 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 80.

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5)

El presbítero, hombre de comunión

Primera Meditación



PRIMERA MEDITACIÓN

1^a

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5)

El presbítero, hombre de comunión

HIMNO

«Cristo, cabeza, rey de los pastores,
el pueblo entero, madrugando a fiesta,
canta a la gloria de tu sacerdote
himnos sagrados.

Con abundancia de sagrado crisma,
la unción profunda de tu Santo Espíritu
lo armó guerrero y lo nombró en la Iglesia
jefe del pueblo.

El fue pastor y forma del rebaño,
luz para el ciego, báculo del pobre,
padre común, presencia providente,
todo de todos.

Tú que coronas sus merecimientos,
danos la gracia de imitar su vida,
y al fin, sumisos a su magisterio,
danos su gloria. Amén.»

INTRODUCCIÓN

Esta meditación nos adentra en qué es tener los sentimientos de Cristo. A raíz de contemplar los sentimientos de Cristo la meditación se extiende a conocer cuáles son las direcciones de sus sentimientos, los dinamismos de sus deseos, sus decisiones, su corazón y su alma. Dado que San Pablo utiliza el texto de los sentimientos de Cristo para suscitar la comunión en la comunidad de Filipo la meditación nos conduce del corazón de Cristo al corazón de San Pablo y al corazón del sacerdote como hombre de comunión, a sus gozos, a sus tentaciones, a sus heridas y a sus dolores en el Ministerio de la comunión.

EL TEXTO

«Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; Al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 5-11).

COMENTARIO

1. LA CARTA A LOS FILIPENSES

La ciudad de Filipo

Filipo era una importante ciudad de Macedonia situada al norte de Grecia. Su nombre originario fue Krénides o «ciudad de las fuentes», pero dio paso al de Filipo en honor del padre de Alejandro Magno, el rey Filipo II de Macedonia. La ciudad se hallaba a doce kilómetros de la costa y por ella pasaba la Via Egnatia, una de las más célebres calzadas romanas de conexión entre Oriente y Occidente. Gozó de gran esplendor por varias razones: por sus minas de oro y de plata, por su agricultura y por ser una lugar estratégico de comunicación, de comercio y de milicia, pues Augusto instaló en ella veteranos de su ejército, y le concedió los privilegios de ciudad romana el año 31 a. C.

La comunidad cristiana de Filipo

Filipo fue la primera ciudad europea evangelizada por san Pablo. Cuando Pablo, Silas, Timoteo y probablemente Lucas (cf. Hch 16, 11-40) llegaron en torno al año 50 a Filipo en su segundo viaje misionero la ciudad estaba poblada mayoritariamente por gentes de origen romano. La evangelización de Filipo se saldó con un fracaso (cf. Hch 16, 11-40). La comunidad cristiana de Filipo estaba compuesta preferentemente por cristianos venidos del paganismo. Conocemos la conversión de Lidia y de su familia (cf. Hch 16, 13-15). Los fieles de Filipo dieron muestras de un tierno afecto y atención por San Pablo, su evangelizador, enviándole ayudas a Tesalónica (cf. Flp 4, 16) y a Corintio (cf. II Cor 11, 9). Los filipenses supieron salir airoso de la prueba del entorno pagano. La carta alude a algunos problemas existentes en la comunidad, pero son propios y normales de la vida comunitaria corriente: rivalidades (cf. Flp 2, 1-4), discordia entre Evodia y Síntique, dos mujeres entre las que había ciertas disensiones; San Pablo les recomienda «que

tengan un mismo sentir en el Señor» (Flp 4, 2); y la presencia de algunos misioneros judaizantes (cf. Flp 3, 2).

La intención de la carta

La composición de la carta a los Filipenses puede colocarse en el año 50 o en el año 60, dependiendo de qué cautividad de san Pablo se trata. La carta pertenece al cuerpo paulino denominado «cartas o epístolas de la cautividad», junto con Efesios, Colosenses y Filemón. Algunos la relacionan y vinculan también con I Corintios.

San Pablo escribe esta carta estando prisionero, «en cadenas» (Flp 1, 13. 14. 17); ¿dónde se halla la cárcel desde donde escribe San Pablo? «La mayor parte de la crítica opina que este lugar habría que situarlo en Éfeso-prefiriendo tal hipótesis a las de Roma y Cesarea»⁸. Los filipenses, al enterarse de que San Pablo está en prisión, deciden enviarle una ayuda por medio de Epafrodito para socorrer sus necesidades. Epafrodito, después de cumplir su misión, se quedó con San Pablo para acompañarle, pero cayó enfermo, «estuvo para morir»(cf. Flp 2, 27) este «colaborador y compañero de armas» (Flp 2, 25). Una vez restablecido, San Pablo lo envió a su ciudad natal porque «él os echa mucho de menos y estaba angustiado porque os habéis enterado de su enfermedad» (Flp, 2, 26), confiándole al mismo tiempo esta carta. Por tanto, San Pablo está preso en el momento en que les escribe a los filipenses (cf. Flp 1, 7, 12-17) para agradecerles sus ayudas enviadas por medio de Epafrodito (cf. Flp 4, 10-20); ésta es la finalidad de la carta: dar gracias a los filipenses.

Esta carta familiar y confidencial abre la intimidad del alma de San Pablo, sus anhelos y sus deseos, pero sobre todo su fe; la carta nos permite mirar lo profundo del corazón del Apóstol.

⁸ Enzo Bianchi, Para mí la vida es Cristo. Comentario a la Carta los Filipenses, Paulinas, Madrid 2007, p. 12; cf. Joachim Gnilka, Carta a los Filipenses, Herder, Barcelona 1971, p. 7.

Aunque pueda parecer la carta una efusión del corazón de San Pablo, donde se siente latir su corazón de apóstol, sin embargo, es una carta de gran importancia, pues contiene verdaderas joyas y líneas teológicas. Se divide en cuatro capítulos. La carta, dada la conexión entre verdades y mundo afectivo, presenta mucha actualidad para la vida del corazón y de la afectividad que iremos desentrañando en las cuatro meditaciones.

2. «TENED ENTRE VOSOTROS LOS MISMOS SENTIMIENTOS DE CRISTO» (Flp 2, 5).

«Solamente comportaos de una manera digna del Evangelio de Cristo» (Flp 1, 27)

San Pablo después de haber hablado de su situación personal les dice que, sea lo que fuere de su futuro, ellos, los filipenses, han de comportarse «de una manera digna del Evangelio», un proceder digno del Evangelio, «manera digna de Dios» (II Ts 2, 12), «manera digna del Señor» (Col 1, 10). Es un «imperativo evangélico, neumático, carismático»⁹, es decir, es un imperativo que surge de un indicativo vivencial a partir de vivir el efecto del obrar de Dios en nosotros. Este pensamiento es como el título general para un grupo de exhortaciones que siguen. Esta exhortación-pórtico da paso a otra exhortación, «manteneos firmes en un espíritu, luchando juntos en una sola alma por la fe del Evangelio» (Flp 1, 27), de lo contrario, si falta unidad, no se logrará la victoria: «luchan por la fe unidos en la fe»¹⁰. En esta lucha espiritual y creyente de los cristianos no deben amedrentarse (cf. Flp 1, 28) porque la unidad indómita de la comunidad es ya la señal de perdición para los adversarios (cf. Flp 1, 28) y por el misterio de contradicción en Cristo de salvación para ellos (cf. Flp 1, 28), pues ya es una gracia no sólo de creer en Cristo sino también padecer por Él (cf. Flp 1,

9 Gerhard Friedrich, Epístola a los Filipenses, en: Hans Conzelmann y Gerhard Friedrich, Epístolas de la Cautividad, Fax, Madrid 1972, p. 122.

10 Gerhard Friedrich, l.c., p. 123.

29). Todos los buenos discípulos del Señor tienen el mismo combate: «tened el mismo combate que habéis visto en mí y ahora oís de mí» (Flp 1, 30).

«Haced total mi alegría, siendo del mismo sentir, teniendo el mismo amor, unánimes, aspirando a lo mismo» (Flp 2, 2)

Hay transversales espirituales reiterados a lo largo del texto de Filipenses que se evidencian; por ejemplo, el de «luchando juntos en una sola alma por la fe del Evangelio» (Flp 1 27); aparece de nuevo en este capítulo segundo, «siendo del mismo sentir, teniendo el mismo amor, unánimes, aspirando a lo mismo» (Flp 2, 2). San Pablo ruega y solicita la unidad y la comunión por motivos cristológicos. Es muy interesante el comentario de Santo Tomás Aquino a este versículo: «los amonesta a la caridad mutua, cuya unidad consiste en dos cosas, a saber, en el afecto interior y en efecto exterior, según I Jn 3, 18: hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino con las obras y en verdad»¹¹; en cuanto al afecto interior el Doctor Angélico interpreta como «un mismo sentir acerca de las cosas que son de fe, esta unidad de fe desea también el Apóstol (cf Rm 15, 5: un mismo saber sobre Jesucristo) y esto se logra poseyendo la misma caridad» (Cf. Col 3, 14), y «de la misma manera en cuanto al efecto exterior» es siendo «unánimes» en el obrar (cf. Salmo 68; Rm 15, 6) y «idipsum sentientes», teniendo los mismos sentimientos»; en el fondo, interpreta el Doctor Angélico que San Pablo pide dos cosas a los filipenses: «el consenso afectivo de dos en mismo objeto; y el juicio de la razón concorde en referencia al mismo».

Para que tal mismo sentir pueda ser posible San Pablo identifica los móviles e intenciones de las personas que obstaculizan tal comunión: «nada por egoísmo ni por vanagloria, antes bien por humildad tened cada cual los demás por superiores a sí mismo. No mire cada uno por lo suyo, sino más bien por lo de los demás»

¹¹ Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 2, lec.1, 47.

(Flp 2, 3-4). Son, pues, enemigos de la unidad: el egoísmo, la vanagloria y el mirar cada uno solo lo suyo. El humilde pospone su propia ventaja y está atento al bien de los demás; este sentido puede explicar la frase «tened cada cual a los demás por superiores a sí mismo» (Flp 2, 3), que es ceder¹², es morir, en campos del propio yo para fecundar la comunión, pero no es sentimiento de inferioridad o moral de esclavos, sino amor operante y maduro: «sed esclavos unos de otros por amor» (Gált 5, 13); es la madura libertad interior que se pone con todo desprendimiento al servicio del hermano.

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5)

En este versículo se vuelve a decir quién realiza ese mismo sentir mencionado anteriormente (cf. Flp 2, 2): si todos buscan tener los sentimientos de Cristo todos tendrán un mismo sentir. Este texto puede entenderse desde dos perspectivas: «tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo» o «tened los sentimientos que corresponde a quien vive y siente en Cristo»; en el primer caso Cristo sería modelo; en el segundo Cristo sería principio íntimo de sus sentimientos; ambos sentidos cuadran con la Teología de San Pablo¹³. Sin embargo, Santo Tomás de Aquino cuando interpreta ese texto «hoc sentite» lo hace más experiencialmente: «experimentad lo que experimentó Cristo Jesús», id est experimento tenete quod fuit in Christo Iesu¹⁴.

Pero ¿cuáles son los sentimientos de Cristo? Los versículos 6-11 de este capítulo 2 describen esencialmente el camino actitudinal y disposicional del corazón de Cristo, que San Pablo identifica con las palabras de un himno que él recoge. Como observamos en el

12 Cf. San Benito, Regla, Prólogo, 4-22; cap. 72, 1-12: CSEL 75, 2-5. 162-163.

13 Cf. José M. Bover, las Epístolas de San Pablo, Balmes, Barcelona 1959, p. 334; Gerhard Friedrich, l.c., pp. 129-130.

14 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 2, lec. 2, 52.

texto «sentimientos» son algo más que afectividades y emociones, son verdades vividas y decididas por Cristo que fructifican en sentimientos. ¿Qué abarcan los sentimientos de Cristo? Son una unidad unida en dos dirección sentimentales: «El Espíritu del Hijo (cf Gál 4, 6) nos conforma con Cristo Jesús y nos hace partícipes de su vida filial, o sea, de su amor al Padre y a los hermanos»¹⁵.

Este himno presenta la obra entera de Cristo Redentor con sus diversas etapas. Primeramente, y para resaltar, presenta a Cristo «en forma de Dios», es decir, «gloria de Dios» (cf Jn 17, 5), en su modo de ser, era algo que poseía. Y «se vació», tomando la forma de esclavo, sólo se vacía o priva quien ya posee; es el mismo movimiento registrado en el texto de «Por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros fuerais enriquecidos por su pobreza» (II Cor 8, 9). Y el Verbo preexistente, al encarnarse, cambió su gloria por la forma de esclavo, la figura de siervo sufriente de Dios (cf. Is 52, 13-53, 12). No fue renunciar al ser divino sino adoptar una forma humilde, renunciando al honor. Al final el himno explicita «semejante a los hombres», pero no pone en duda la realidad de la naturaleza humana de Cristo. Y este sendero de la renuncia llegó hasta el extremo de una «muerte de cruz». Y se hizo obediente. Y Dios lo exaltó en su naturaleza humana otorgándole un «nombre sobre todo nombre», es decir, una posición y dignidad sobre todos los seres; tiene un nombre que expresa la naturaleza de quien lo lleva: «y toda lengua proclame Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre». El himno lo utiliza San Pablo para inculcar en la comunidad y en el proceder del cristiano los sentimientos de Cristo que son como disposiciones interiores de humildad, ello llevará en los párrafos siguientes a plasmar esta humildad en «obedecer» (v. 18) y en «no protestar» (v.14).

¹⁵ San Juan Pablo II, PDV, 19; Cf. Ratio, 69.

3. «PORQUE HABÉIS SIDO COLABORADORES MÍOS EN LA OBRA DEL EVANGELIO, DESDE EL PRIMER DÍA HASTA HOY» (Flp 1, 5). EL PRESBITERO, HOMBRE DE COMUNIÓN.

Es muy importante constatar el fundamento teológico de la alegría de San Pablo: «con motivo de vuestra comunión con el Evangelio desde el primer día hasta ahora» (Flp 1, 5). Ya que el vínculo entre el apóstol y los hermanos está constituido ante todo por la «comunión con el Evangelio» (Flp 1, 5), es conveniente meditar el pensamiento «la comunión con el Evangelio», pues el Evangelio es Jesucristo mismo, el contenido del anuncio; tener koinomía con el Evangelio es abrazar la verdad y las fuerzas de esa verdad, porque lo han recibido, acogido y abrazado; y esto se manifiesta en que están empeñados en dar testimonio del mismo en sus vidas y actitudes.

El sacerdote, servidor de la comunión en la Iglesia y en el mundo

Por eso, cuando el texto de los Filipenses amonesta a tener los mismos sentimientos de Cristo desglosa esos sentimientos como actitudes y conductas de comunión. La comunión de los hombres con Dios y entre sí es la tarea central de la actividad mesiánica de Cristo. Pues bien, Cristo ha venido para recomponer al hombre en sus relaciones esenciales; la comunión con Dios, consigo mismo, con los demás y con la misma creación es misión de Cristo, empezando por los suyos (cf. Jn 17,20-23), alcanzando a todos los hombres de todos los tiempos, hasta el momento que se alcance «un solo rebaño con un solo pastor» (Jn 10,16). «Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la Revelación, no es algo que se sobrepone a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo íntimo el ser humano, y lo abre a una felicidad no

momentánea y limitada, sino eterna»¹⁶.

Jesús llamó consigo a algunos discípulos (cf Lc 10,1-12), para que participando en la gracia de Cristo prolongaran en la historia esta obra de reunión, de comunión, de los hijos de Dios dispersos¹⁷: «Me hizo capaz, se fió de mi y me confió este ministerio» (I Tm 1, 12). Así la vocación sacerdotal está al servicio de la Iglesia Comunion¹⁸. De este modo, el sacerdote, en cuanto imagen viva de Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, está capacitado por Cristo en el Espíritu para servir en la Iglesia misterio, comunión y misión, constituyendo la unidad de la comunión eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios¹⁹. Por eso, «precisamente porque dentro de la Iglesia es el hombre de la comunión, el presbítero debe ser, en su relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo»²⁰; tiene un «*amoris officium*»²¹. Teniendo en su ser y en su obrar la verdad y la caridad de Cristo, y animado por el deseo y mandato de Cristo de anunciar el evangelio de la comunión, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio y de búsqueda común de la verdad, de la promoción de la justicia y de la paz²². El acercarse al otro desde el ministerio presbiteral requiere no dejar de ser lo que se es. Acercarse desde la identidad propia, sin dimitir de sí mismo, no perdiendo nombre propio o teniéndolo confuso. El presbítero es llamado «a reproducir los sentimientos y actitudes de Cristo en su relación con la Iglesia»²³ y «debe ser formado de modo que su corazón y su vida sean conformes al Señor Jesús, llegando a ser un signo del amor de Dios para cada hombre»²⁴.

16 Benedicto XVI, Audiencia general, 5 de diciembre de 2012.

17 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 14.

18 Cf. Benedicto XVI, Mensaje para la XLIV Jornada Mundial de oración por las vocaciones, 29 de abril de 2007.

19 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 16.

20 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 18.

21 San Agustín, In Iohannis Evangelium Tractatus 123, 5: CCL 36, 678; cf PDV 23.

22 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 18.

23 Ratio, 39.

24 Ratio, 40.

Competencia relacional del presbítero

Para llegar a ser un «hombre de comunión» es preciso recorrer un verdadero camino espiritual: mirar el misterio de cada hombre, sentirlo hermano de destino, de pobreza, de grandeza y de vocación, y compartir sus alegrías y sufrimientos, intuir sus deseos, atender sus necesidades y ofrecerle una verdadera y profunda amistad; ver lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, «un don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente; es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros; rechazar las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

Por ello, acoger es el camino asignado por Jesús al discípulo presbítero. Su servicio sacerdotal implica una serie de actitudes nacidas de la Encarnación y del Buen Pastor como encuentro, comunión, diálogo, oficio de amor. Su carisma es hacer presente al Buen Pastor presidiendo la vida de la familia de Dios. El camino espiritual quiere potenciar la competencia presbiteral, que es el entramado de diversas competencias; la competencia presbiteral hace referencia no sólo al discurso, a la comprensión y a la transmisión del misterio de Cristo, sino al trato con personas en función del discurso; se trata de que el que conoce los objetivos y las metodologías, el misterio y los caminos de transmisión, no fracase como persona en el trato con las personas, de que no sea «obstáculo sino puente para el encuentro con Cristo»²⁵; en el fondo, la competencia presbiteral es una competencia personal de encuentro forjada en la gradual y progresiva conformación con los sentimientos de Cristo, con su corazón de Buen Pastor.

Si el sacerdote está con nobleza y tensión espirituales en esa configuración con Cristo evitará sin duda los costes sociales, eclesiales y espirituales de una competencia jurídica incompetente en

25 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 43.

las relaciones humanas y pastorales. Ser comunión es presupuesto para fomentar la comunión. Este ensanchamiento del corazón que adora rompe el repliegue cicatero en nuestros pequeños mundos del deseo, en nuestro cerrado jardín del corazón. Si aprendemos a adorar aprendemos también a no excluir a nadie de ese espacio sagrado en el que nos encontramos, cuerpo y palabra compartida, con aquel que casi sin darnos cuenta invade todos nuestros aposentos internos de nuestra personalidad; si adoramos incluimos a todos en nuestro corazón, arraigan y crecen con nosotros. Por eso adorar es lo primero. La exclusión es siempre falta de práctica de adoración (cf. II Cor 6, 11-13; Jn 1, 12-13).

Dolores, tentaciones y heridas del hombre de comunión

Sólo el hombre nuevo tiene un corazón nuevo y puede cantar el cántico nuevo del amor nuevo y de la comunión²⁶. El presbítero sabe que el camino de la comunión es un proceso lento y complejo. Todos parecemos predispuestos a la belleza de la fraternidad, pero esa fraternidad requiere muchos desvelos, mucha paciencia y mucha renuncia. El hombre de comunión quiere crear familia, comunidad, pero constata las dificultades y los sufrimientos, «los dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4, 19). Al ser un oficio de amor es un oficio de martirio cada día, pues ser fieles en este ministerio de congregar a los hermanos en Cristo es someterse a que el amor de Cristo nos lleve a renunciar a nosotros mismos a favor de la comunión a conseguir. El presbítero sufre los enredos de la persona en su camino hacia la comunión, sus avances y sus retrocesos: «Pero una cosa es lo que enseñamos, y otra lo que soportamos; una cosa es lo que mandamos hacer y otra lo que queremos corregir, y así, mientras vamos buscando la corrección más adecuada, tenemos que tolerar muchas cosas»²⁷. El ministerio exige el «corazón ensanchado» para resistir el desgaste anímico de las tribulaciones apostólicas (cfr. II Cor 6, 11- 12). La

26 Cf. San Agustín, Sermón 34, 1-3.5-6: CCL 41, 424-426.

27 San Agustín, Tratado contra Fausto, 20, 21: CSEL 25, 562-563.

caridad pastoral, «virtud cálida y ardiente», tiene el poder dilatador del corazón²⁸ para llevar dentro a los feligreses.

El presbítero en su ministerio de comunión sabe que en el camino discipular de la comunión las dificultades provienen muchas veces de los enemigos externos, pero también de los cercanos y amigos (cf Salmo 54, 13-15; 40; Lc 22, 48). Santa Teresa de Jesús llama «la contradicción de los buenos»²⁹ a esta experiencia discipular, los buenos hacen sufrir a los buenos y «piensan que hacen un servicio a Dios» (Jn 16, 2); la santa recoge este pensamiento axiomático de la vida de san Pedro de Alcántara³⁰, que a su vez lo saca de meditar su propia experiencia («hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era»³¹) a la luz de la palabra de Jesús. Los buenos («gente de oración»³²; «con ser tan santos como son»³³) con buenas intenciones hacen sufrir a otros buenos: «uno de los mayores trabajos (sufrimientos) de la tierra»³⁴.

El presbítero es asaltado en su Ministerio de comunión por múltiples tentaciones: creerse el actor de la comunión, promover el pensamiento único, concepción funcional de la comunión, creer que la comunión es él mismo con sus ideas, y sus propias heridas humanas y de pastor al gestionar la comunión eclesial. El que está en contacto con lo Absoluto, con lo divino, con la Palabra de Dios y con su poder, debe tener una concepción humilde de sí mismo, para no suplantar a Cristo insanamente; por ello, las heridas del propio pastor le sitúan realísticamente ante sí mismo y ante su imagen social, «por la grandeza de estas revelaciones, para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un emisario de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces le

28 Cf. San Juan Crisóstomo, Homilias sobre la segunda carta a los Corintios, Homilía 13, 1-2: PG 61, 491-492.

29 Santa Teresa de Jesús, Vida 30, 6; cf. 32, 14-18.

30 Cf Vida 30, 2. 6.

31 Vida 30, 4.

32 Vida 32, 14.

33 Vida 30, 13.

34 Vida 30, 6.

he pedido al Señor verme libre de él y me ha respondido: Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (II Cor 12, 7-9). El conocimiento de las propias heridas hace bajar a la profundidad de sí mismo al pastor, revisar sus sombras, sus demonios, y ponerlos sobre la ofrenda de salvación del mismo Cristo; reconocer, incluso, el valor y el bien de sus propias flaquezas y pobreza espirituales para su ministerio pastoral, sin transferirlas en el día a día o usarlas indebidamente, es saludable.

INVITACIÓN A COMPARTIR LA MEDITACIÓN

Considerar personal y arceprestalmente las tres sugerencias elegidas por el Consejo Episcopal como objetivos, entre todas las sugerencias del Encuentro Diocesano Sacerdotal tenido en 2017/2018. Conviene compartir su sentido y determinar sus realizaciones en ámbitos diversos. Pueden dialogarse en días diversos.

La propuesta n. 3 de la dimensión humana del sacerdote:

«Motivar y alentar una auténtica fraternidad sacerdotal potenciando los distintos espacios de acompañamiento mutuo, de encuentro desinteresado, de trabajo y de búsqueda compartida de criterios, opciones pastorales y estilo de trabajo»³⁵.

La propuesta n. 2 de las crisis del sacerdote:

«Se han de buscar y encontrar espacios de confianza y de amistad sacerdotal sincera: equipos sacerdotales unidos por la misión como el Arciprestazgo, grupos naturales de sacerdotes, párroco y vicario parroquial, amigos sacerdotales desde la juventud»³⁶.

35 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 31.

36 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 43.

La propuesta n. 5 de la dimensión eclesial del presbítero:

«Las reuniones de Arciprestazgo: cualificar sus fines y su método, sus horarios, la elección y la función organizativa del arcipreste como persona idónea de comunión y tensión evangelizadora»³⁷.

ORACIÓN

Ven, Espíritu Santo, inflama nuestro corazón en las ansias redentoras del Corazón de Cristo para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras, en unión con Él, por la redención del mundo.

Señor mío y Dios mío Jesucristo, por el Corazón Inmaculado de María me consagrado a tu Corazón, y me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar, con mi oración y mi trabajo, con mis sufrimientos y alegrías de hoy, en reparación de nuestros pecados y para que venga a nosotros tu Reino. Te pido en especial por el Papa y sus intenciones, por nuestro Obispo y su intenciones.

37 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 75.

«Para mí vivir es Cristo y morir una ganancia» (Flp 1, 21)

El corazón del sacerdote

Segunda Meditación



SEGUNDA MEDITACIÓN

2^a

«Para mí vivir es Cristo y morir una ganancia»

(Flp 1, 21)

El corazón del sacerdote

HIMNO

A la gloria de Dios se alzan las torres,
a su gloria los álamos, a su gloria los cielos,
y las aguas descansan a su gloria.

El tiempo se recoge; desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas en la aguas inmóviles,
en los inmóviles álamos, en las torres pintadas en el
cielo,
mar de altos mundos.

El reposo reposa en la hermosura
del corazón de Dios, que así nos abre
tesoros de su gloria.

Nada deseo, mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina de Dios en el regazo su cabeza
y duerme y sueña...
Sueña en descanso toda aquesta visión de alta her-
mosura.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu,
por los siglos de los siglos. Amén³⁸.

38 Himno de Hora Intermedia del Domingo III del Salterio.

INTRODUCCIÓN

Esta meditación nos adentra en el corazón de San Pablo, en su ordo amoris, es decir, cuál es la experiencia configuradora de su persona y de su vida. El descubrimiento del centro del alma, del centro del amor, del orden del amor, de la afectividad y del corazón de san Pablo se manifiesta al tener que elegir él entre irse con Cristo por la muerte o quedarse aquí para servir a los fieles. De este modo, el corazón de San Pablo nos abre la meditación sobre el corazón del presbítero y sobre la estructuración del deseo de Dios en la persona del sacerdote, sobre la unidad afectiva del discípulo presbítero. Lo mejor de cada persona es lo que quiere ser, el proyecto de formación de su corazón.

EL TEXTO

«Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Convencido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para vuestro progreso en la alegría y en la fe, de modo que el orgullo que en Cristo Jesús sentís rebose cuando me encuentre de nuevo con vosotros» (Flp 1, 21-26).

COMENTARIO

1. CRISTO, VIDA DE SAN PABLO

«Para mí la vida es Cristo» (Flp 1, 21)

Es muy interesante que el texto podamos leerlo «para mí la vida es Cristo», es decir, que el verbo vivir lleve un artículo de modo que se convierta en el sujeto de la oración y de la afirmación. No dice San Pablo que Cristo es vida mía, sino «el vivir es para mí Cristo»; de este modo nos permite vislumbrar el vivir del alma de San Pablo, es decir, «el pensar, el sentir, el amar, el querer: toda mi vida, intelectual y sensible, racional y afectiva, moral y social, en todos sus aspectos y manifestaciones, es siempre Cristo y sólo Cristo. Al analizar mis actos vitales, siempre se mueven y resuelven en un elemento: Cristo»³⁹ se convierte en principio de obrar⁴⁰. «Ahora bien, como la vida es inmanente, es lo más íntimo en el hombre, el que la vida de Pablo sea Cristo, supone que Cristo se ha hecho inmanente en Pablo, que se ha compenetrado e identificado místicamente con Pablo»⁴¹. Los santos han vivido en sus circunstancias concretas las consecuencias de esta verdad vital y existencial de «para mí el vivir es Cristo» (Flp 1, 21)⁴².

«Sin duda, no es fácil aceptar tal expresión, más aún, puede escandalizarnos; pero al mismo tiempo cada cristiano debe tratar de asumirla en su propia existencia según el grado de fe que ha recibido: si la vida es Cristo, si su vida es para Cristo, la muerte se convierte en una ganancia, ya que conduce a una comunión más profunda con Cristo mismo»⁴³. El apóstol ha llegado a una plenitud de su vivencia cristiana que nos dice en Gál 2, 20 »ya no

39 José M. Bover, o.c., p. 331.

40 Cf. Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec. 3, 32.

41 José M. Bover, o.c., p. 331.

42 Cf. San Juan Crisóstomo, Homilía antes partir en exilio, 1-3: PG 52, 427-430.

43 Enzo Bianchi, o.c., p. 42.

vivo yo, pues Cristo es quien vive en mí... el Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí». Como San Juan afirma «Jesucristo es la vida eterna» (I Jn 5, 20). «Sin embargo, «Pablo no muestra odio alguno a la vida terrena y menos aún desprecio por el cuerpo... En Pablo no se aprecia nunca fisura o una discontinuidad en la comunión entre el creyente y Cristo, como si pudiera ser interrumpida por la muerte o suspendida hasta la resurrección»⁴⁴.

«Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte» (Flp 1, 20)

San Pablo, que se encuentra en una situación difícil, sabe que se resolverá de modo favorable para él, la solución siempre será una verdadera salvación, no quedará «defraudado» (Flp 1, 20). Es todo un testimonio de su confianza y esperanza en Dios en cualquier situación ventajosa o dramática en que se encuentre; San Pablo está seguro de que el sentimiento que acompaña a la experiencia de defraudación no existe en el que espera en el Señor⁴⁵. «La actividad total, la vida, las luchas y sufrimientos de Pablo estaban y están orientados a Cristo. Ha puesto toda su existencia, su ser somático y corporal al servicio del Señor, de tal suerte que su mismo cuerpo podía ser lugar de la epifanía de Cristo al mundo»⁴⁶. Hay tanta conexión entre Cristo y su vida que «sólo donde está Cristo está la vida»⁴⁷. La carta nos ha permitido «mirar muy hondo en su alma, penetrada toda de Cristo y solamente desde este punto de vista se puede entender todo el alcance de sus palabras»⁴⁸. Por eso «el morir para mí es ganancia para estar con Cristo».

44 Enzo Bianchi, o.c. pp. 44, 46.

45 Enzo Bianchi, o.c., p. 41.

46 Joachim Gnilka, Carta a los Filipenses, Herder, Barcelona 1971, p. 28.

47 Joachim Gnilka, o.c., p. 29.

48 Karl Staab, Comentario a la Carta a los Filipenses, en: Karl Staab y Norbert Brox, Cartas a los Tesalonicenses, Cartas de la Cautividad y Cartas Pastorales, Herder, Barcelona 1974, p. 258.

«Quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros» (Flp 1, 24)

San Pablo con estas palabras pone en evidencia su caridad pastoral intensa y entrañable. Su alma está acosada por la caridad pastoral por dos lados, pero «está dispuesto en primer término hasta renunciar a su estar con Cristo y seguir tomando sobre sí noches en vela, preocupaciones, necesidades, miedos, hambres, sed, vida errante, sospechas, enemistades golpes, prisiones, naufragios (cf I Cor 4, 9ss; II Cor 6, 4ss; 11, 23ss)»⁴⁹. Ambas alternativas, muerte o vida, están motivadas por Cristo. San Pablo escribe esta carta «en un momento que Dios le da interiormente la seguridad de una liberación cercana. Así descubre su estado de ánimo», «non recuso laborem»⁵⁰: «por el momento estoy firmemente persuadido de que quedaré y permaneceré con vosotros para vuestro provecho y gozo en la fe, a fin de que vuestra gloria en Cristo crezca por mí con mi segunda ida a vosotros» (Flp 1, 26). Piensa en sus hijos espirituales que se resignan a perderlo de padre, por ello esta segunda perspectiva gana sus preferencias porque lo decide Dios y él acepta gozoso esta decisión⁵¹.

2. CAMBIO DEL CENTRO DE VALORACIÓN DEL CORAZÓN DE SAN PABLO

Las cosas que San Pablo valoraba antes de conocer a Jesucristo (cf. Flp 3, 4-6)

San Pablo nos abre su corazón con los elementos autobiográficos de estos versículos con los que nos manifiesta su pasado en el orden de su corazón. Es importante comprobar el transcendental cambio acontecido en san Pablo, en su centro de valoración o como él dice «todas las cosas que eran para mí ganancias» (Flp 3, 7).

49 Gerhard Friedrich, o.c., p. 118.

50 Lucien Cerfaux, Itinerario espiritual de san Pablo, Herder, Barcelona 1968, p. 243.

51 Cf. Karl Staab, o.c., p. 259.

Ese criterio de valoración lo llama San Pablo «poner la confianza en la carne» (Flp 3, 3). Pero San Pablo al analizar su vida anterior se presenta como quien puede afirmar que comparándose con otros «tener razones para confiar en la carne, yo mucho más» (Flp 3, 4), mucho más que los que ahora confían en ella. ¿Cuáles son todas esas cosas, que eran para él ganancia, importancia, y en las que había confiado, siendo todas ellas «carne»? «Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos, en cuanto a la ley fariseo; en cuanto al celo, perseguir la Iglesia, en cuanto a la justicia que hay en la ley, tenido por irreprensible» (Flp 3, 5-6). Es importante meditar las confianzas religiosas de San Pablo antes de conocer a Jesucristo; no olvidemos que eran todas de carácter religioso, pero, siendo de carácter religioso, eran «confianza en la carne». También San Juan de la Cruz, siguiendo a san Agustín, nos remite a discernir estas confianzas de las almas religiosas.

Las cosas antes consideradas «ganancias» ahora las considera «pérdidas» comparadas con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús (cf Flp 3, 7-11). La alegría espiritual

Para San Pablo «su ganancia» anterior ahora la considera «pérdida», «porque la medida de todos sus juicios Jesucristo: el único criterio que da sentido a su vida es Jesucristo, y sólo él»⁵². San Pablo nos registra la transformación de verdades, de valores y de actitudes existenciales que ha surgido en él al conocer a Jesucristo, su nuevo centro de valoración de la vida y de los valores y las personas: «pero todas estas cosas, que eran antes para mí ganancias, las he estimado pérdidas a causa de Cristo. Pero aún más: incluso todas las demás cosas las considero como pérdida a causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien me dejé despojar de todo, y todo lo tengo por basura, a fin de ganar a Cristo y ser hallado en él, no reteniendo una justicia mía-la que proviene de la ley-, sino la justicia por la fe en

52 Enzo Bianchi, o.c., p. 91.

Cristo, la que proviene de Dios a base de la fe» (Flp 3, 7-9). San Pablo ha sufrido una transformación del centro de valoración de su persona pues las cosas que él antes consideraba grandes ahora las considera pérdida a causa de Cristo; ya lo había expresado en II Cor 2, 2 «Nada quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado»⁵³.

Es más, esa transformación del corazón, del centro de la valoración de todo, fundamenta la alegría espiritual en la que el Apóstol vive e invita a vivir: «El Apóstol nos manda alegrarnos, pero en el Señor, no en el mundo (...). Que el gozo en el Señor sea el triunfador, mientras se extingue el gozo en el mundo. El gozo en el Señor siempre debe ir creciendo, mientras que el gozo en el mundo ha de ir disminuyendo hasta que se acabe. No afirmamos esto como si no debiéramos alegrarnos mientras estamos en este mundo, sino en el sentido de que debemos alegrarnos en el Señor también cuando estamos en este mundo. (...). Por tanto, hermanos, *estad alegres en el Señor*, no en el mundo: es decir, alegraos en la verdad, no en la iniquidad; alegraos con la esperanza de la eternidad, no con las flores de la vanidad. Alegraos de tal forma que sea cual sea la situación en la que os encontréis, tengáis presente que *el Señor está cerca; nada os preocupe*»⁵⁴.

Conocerle, conocer la fuerza de su resurrección y configurar-me con Él (cf. Flp 3, 10)

San Pablo nos revela sus deseos: «acerca de esta justicia que él busca, dice tres cosas, a saber, el modo de obtenerla, quién la realiza y el fruto. El modo de obtenerla no es sino por la fe en Cristo (...). El que la realiza es Dios, y no el hombre (...). El fruto es el conocimiento de Él, del poder de su resurrección, y la compañía de

53 Cf. Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 3, lec. 1, 113-117.

54 San Agustín de Hipona, Sermón 171, 1-3.5: PL 38, 933-935.

los santos»⁵⁵. San Pablo nos ha reflejado el cambio de su corazón, pero nos sitúa en la condición de caminante hacia la meta y hacia el objetivo que ha relatado: «No digo que ya tenga conseguido mi objetivo o que ya haya llegado al término, sino que sigo corriendo por si logro apoderarme de él, por cuanto Cristo Jesús también se apoderó de mí. Yo, hermanos, todavía no me hago a mí mismo la cuenta de haberlo conseguido ya; sino que solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta para ganar el premio al que Dios nos llama arriba en Cristo Jesús. Así pues, todos los que somos ya maduros, debemos tener estas aspiraciones, y si en algo experimentáis otros sentimientos, esto también os lo aclarará Dios. En todo caso, partiendo del punto adonde hayamos llegado, sigamos caminando en la misma línea» (Flp 3, 12-16). Debemos meditar este carácter de peregrinación de la existencia cristiana que San Pablo lo refleja en este texto. Él no ha llegado al término, pero se sabe en un camino, a pesar de haberse empeñado «con más actividad, más decisión y más sacrificio que Pablo. También él tiene que trabajar consigo mismo, negarse, ser paciente, aprender (...). Creer que ya se le ha alcanzado es una opinión necia. La sensación de perfección entrañaba el peligro de adormecer la voluntad moral»⁵⁶ e incluso sabiéndose agarrado por Cristo (cf Flp 3, 12). Es la condición de viandante en el camino espiritual, homo viator.

3. LA ESTRUCTURACIÓN DEL CORAZÓN DEL PRESBITERO.

El dinamismo del deseo de la personalidad

La persona, en cuanto personalidad, lleva en sí mismo un misterioso deseo de Dios, inscrito en el corazón del hombre que

55 Cf. Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 3, lec. 2, 120.

56 Joachim Gnilkka, o.c. , p. 66.

no cesa⁵⁷. Es un deseo esencial en medios de todos los deseos que tiene esa persona. Este deseo esencial y fundamental en forma de inquietud y de búsqueda constante está reflejado en las biografías personales y en las obras literarias: *Quia fecisti nos ad Te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te*», porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»⁵⁸. Buscamos porque estamos inquietos; el «hasta que», «donec»⁵⁹, indica el elemento dinámico de la persona, la finalidad y la dirección, que al mismo tiempo constata un orden establecido. Esa inquietud tiene su arranque desde el deseo de conocerse el hombre, pero este conocimiento sólo es posible conociendo a Dios⁶⁰. Hay que agradecer esta inquietud sanante, «inquietud creadora»⁶¹, del vivir la vida, de lo contrario el hombre se detendría y se instalaría en calidad y cualidad de existencia inferiores y no plenificantes. El llamado arpón de Dios en el corazón del hombre es la inquietud, ese arpón clavado en el alma de cada persona es su salvavidas⁶²; es la actitud fundamental del hombre; y Dios está en el corazón del hombre estimulando sus intimidades para que no se sosiegue hasta encontrarle⁶³.

Hagamos una descripción del dinamismo del deseo del hombre y una lectura del camino del desear de la personalidad. Observamos que en cada deseo de un bien que la persona desea y vive «el hombre tiende al misterio que envuelve al hombre mismo; cada deseo que se asoma al corazón humano se hace eco de un deseo fundamental que jamás se sacia plenamente»⁶⁴. De forma que «el éxtasis inicial (que el hombre vive con un bien) se traduce así

57 Cf. Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012; Catecismo de la Iglesia Católica, 27.

58 San Agustín, Confesiones I, 1, 1.

59 San Agustín, Confesiones I, 1, 1.

60 Cf. San Agustín, De ord. I, 1, 3; Confesiones III, 3, 6; X, 8, 15; In ps. 55, 2

61 San Juan Pablo II, Redemptor hominis 18.

62 Cf. José Morán, El hombre frente a Dios. El proceso humano de la ascensión a Dios según San Agustín, Archivo Agustiniano, Valladolid 1963, p. 120.

63 Cf. San Agustín, Confesiones, VII, 8, 12; José Morán, o.c., p. 124.

64 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

en peregrinación, como camino permanente (...). A través de ese camino podrá profundizarse progresivamente, para el hombre, el conocimiento de ese amor que había experimentado inicialmente»⁶⁵. «*non est requies, ubi quaeritis eam. Quaerite quod quaeritis, sed ibi non est, ubi quaeritis. Beatam vitam quaeritis in regione mortis: non est illic. Quomodo enim beata vita, ubi nec vita*»⁶⁶, «el descanso no está donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, pero no está allí donde lo buscáis. Estáis buscando la vida verdaderamente feliz en la región de la muerte: no está allí. ¿Cómo va haber allí vida feliz, si ni siquiera hay vida?». Por eso decía Martín Buber⁶⁷: «Cada tú singular es una mirada hacia el Tú eterno. A través de cada tú singular la palabra básica se dirige al Tú eterno. De esta acción mediadora del Tú de todos los seres procede el cumplimiento de las relaciones entre ellos, o en caso contrario el no cumplimiento. El Tú innato se realiza en cada relación, pero no se plenifica en ninguna. Únicamente se plenifica en la relación inmediata con el Tú que por esencia no puede convertirse en ello».

Estructuración del deseo de la personalidad. La experiencia configuradora de toda personalidad

Esa mezcla interna de deseos y de deseo esencial y fundamental de la persona nos muestra que cualquier experiencia de un bien, de un amor, de un proyecto personal, requiere una purificación y sanación de lo que quiero; es más, la personalidad se debe ejercitar, entrenar, también corregir, para que ese bien verdaderamente se pueda querer⁶⁸. Lo cual supone poner un orden en el amor de los bienes. «Al respecto no debemos olvidar que el dinamismo del deseo está siempre abierto a la redención. También cuando éste se adentra por caminos desviados, cuando sigue paraísos artificiales y parece perder la capacidad de anhelar el verdadero bien. Incluso

65 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

66 San Agustín, Confesiones IV, 12, 18.

67 Martín Buber, Yo y Tú, Caparrós Editorial, Madrid 1993, p. 71.

68 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

en el abismo del pecado no se apaga en el hombre esa chispa que le permite reconocer el verdadero bien, saborear y emprender así la remontada, a la que Dios, con el don de su gracia, jamás priva de su ayuda. Por lo demás, todos necesitamos recorrer un camino de purificación y de sanación del deseo. Somos peregrinos hacia la patria celestial, hacia el bien pleno, eterno, que nada nos podrá ya arrancar. No se trata de sofocar el deseo que existe en el corazón del hombre, sino de liberarlo, para que pueda alcanzar su verdadera altura. Cuando en el deseo se abre la ventana hacia Dios, esto ya es señal de la presencia de la fe en el alma, fe que es una gracia de Dios. San Agustín también afirmaba: «Con la espera, Dios amplía nuestro deseo; con el deseo amplía el alma, y dilatándola la hace más capaz»⁶⁹ ⁷⁰.

Por ello, es preciso estructurar acertadamente el deseo de toda persona buscando el más sólido fundamento del desear en verdad y en bien. Pero ¿qué entendemos por «estructuración del deseo»? No es fácil entenderlo. Puede haber en una persona voluntad, objetivos claros y cierto querer, fuerza y determinación, pero, aun teniendo todo esto no está estructurado su deseo de Dios, porque la frase de San Pablo, «Para mí el vivir es Cristo» (Flp 1, 21), es algo más hondo, más fundante y más dinamizante de la persona. Pues tanto el hijo pródigo como su hermano mayor no presentaban el deseo sanamente estructurado; el hijo pródigo deseaba pero más bien apetecía cosas, vivía en el reino de la necesidad; el hijo mayor cumplía, pero cosificaba al Padre y aunque estaba cerca del Padre era más bien una apariencia de cercanía⁷¹. Para estructurar el deseo es imprescindible apoyarse no sólo en una buena voluntad sino en una voluntad buena, es decir, sana, una voluntad no apoyada (en la vida y en la vida cristiana, litúrgica y espiritual) en centros arbitrarios y provisionales de volición, del querer, de lo contrario se disfruta de una libertad flotante; toda vocación requiere un

69 San Agustín, Comentario a la Primera carta de Juan, 4, 6: PL 35, 2009.

70 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

71 Cf. José M^a Fernández-Martos, A la caza de jóvenes demonios. Sobre la estructuración y unificación del deseo en la Formación, *Sal Terrae* 79, noviembre 1991/11, pp. 795-796.

«quiero» fundante para seguir el camino.

San Pablo nos ha mostrado la transformación sucedida en él en su centro de valoración, en el hondón de su corazón, en su experiencia configuradora. Esta constatación en la transformación observada en el apóstol registra con toda evidencia que hay un centro de la persona que es la disposición interior existencial esencial y generadora de actitudes, de interpretaciones y de estados de ánimo; motivo de los motivos, al que podemos llamar experiencia configuradora. La experiencia configuradora define realmente a cada persona más que cualquier diagnóstico instrumental. Desde esa experiencia toda cobra sentido en la vida y en el obrar de esa persona; todo brota y converge en esa experiencia configuradora. Es a modo de una elección primera, o última, un proyecto fundamental, que se confunde con la manera de estar de esa persona en los acontecimientos, en las interpretaciones, en las relaciones, en el mundo. Si esto se logra se adquiere la experiencia configuradora que no es más que un deseo que estructura sabia y verdaderamente la personalidad y se convierte en deseo de Dios: «Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo»⁷².

La experiencia configuradora del presbítero. La configuración con Cristo, unidad en tres dimensiones. Dificultades y favorecedores de estructurar el corazón del sacerdote

Hay una serie de preguntas que surgen mirando la afirmación de San Pablo, «Para mí el vivir es Cristo» (Flp 1, 21), y mirando nuestras vidas de presbíteros: ¿presentamos los sacerdotes estructuras de personalidades sólidas y estructuradas en Jesús como pastores? ¿qué tipología presentamos en cuanto a la estructuración del deseo? Podemos encontrar grupos de sacerdotes que tienen estructurado el deseo, pero es una estructura más sólida que flexible o crítica. Otros grupos de sacerdotes realizaron una primera

⁷² San Agustín, Tratados sobre la Primera carta de san Juan, Tratado 4: PL 35, 2008-2009.

estructuración de su deseo pero han sufrido un impacto que les llevó a revisar a fondo su ser religioso y su talante en el mundo; se encuentran, pues, con un puñado de seguridades y su segunda vuelta a desear lo que desearon en un principio acriticamente, según ellos. Otros grupos tratan de salvar lo antiguo dentro de lo nuevo, pero la estructura del deseo en éstos es más arriesgada y rica que sólida, o más sólida y clara que rica o flexible; están más identificados con las personas no comprometidas religiosamente y otros alejados de lo real⁷³.

Los textos de la reciente *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* presentan la configuración específica del presbítero con Cristo como una realidad en tres dimensiones: la configuración sacramental con Cristo, la configuración existencial con Cristo y la configuración con Cristo como camino y proceso. El fundamento de la peculiar y específica configuración del presbítero con Cristo está en que «El presbítero participa de la consagración y misión de Cristo de un modo específico y auténtico, o sea mediante el sacramento del orden»⁷⁴, «en cuanto presbíteros»⁷⁵. La consagración obra en el sacerdote la configuración sacramental, ontológica, en su ser⁷⁶, con Jesucristo, en cuanto Cabeza y Pastor de la Iglesia. Gracias a esta consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, el presbítero es conformado en germen con Cristo, con sus sentimientos y actitudes propias de Hijo de Dios, e introducido en la misión de Jesucristo; su vida está animada por el deseo sostenido de ofrecerse a sí mismo en y con el Señor a la Iglesia y a la humanidad⁷⁷. La configuración con Jesucristo Cabeza es configuración con Cristo como Siervo⁷⁸.

Una vez considerada la configuración sacramental con Cristo del presbítero, es preciso abordar la configuración existencial

73 Cf. José M^a Fernández-Martos, l.c., pp. 792-795.

74 San Juan Pablo II, PDV, 18.

75 San Juan Pablo II, PDV, 19.

76 Cf. PO 2; San Juan Pablo II, PDV, 3, 16,18; Ratio 35.

77 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 29; Ratio 69.

78 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 21.

con Cristo por parte del presbítero. Estaríamos abordando el don del sacramento del orden en el propio sacerdote, en su real humanidad, y en su real respuesta al don recibido. Estaríamos en lo teológico convertido en dinamismo teologal y vivencial en la personalidad del sacerdote; estaríamos hablando ya de personalidad presbiteral: cómo piensa, cómo reacciona, cómo se afecta, cómo decide sacerdotalmente. Nos situamos en el camino que va de la identidad teológica del sacerdote a la identidad vivida del sacerdote; la configuración sacramental del sacerdote con Cristo, pues, tiende a dinamizar y vivificar necesariamente la configuración existencial del presbítero⁷⁹. La configuración sacramental con Jesucristo, Cabeza y Pastor, «crea una relación que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo. En esta relación entre el Señor Jesús y el sacerdote —relación ontológica y psicológica, sacramental y moral— está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella «vida según el Espíritu» y para aquel «radicalismo evangélico» al que está llamado todo sacerdote y que se ve favorecido por la formación permanente en su aspecto espiritual»⁸⁰.

Es encarnar este espíritu de Cristo Cabeza y Pastor para llegar a ser imagen viva de Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia «en las condiciones psicológicas»⁸¹, «plasmarse su personalidad humana de manera que sea puente y no obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo»⁸², logrando así «la formación de personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales»⁸³. La estructuración de la personalidad presbiteral es personificar a Cristo, actuar en

79 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 21.

80 San Juan Pablo II, PDV, 46.

81 San Juan Pablo II, PDV, 42.

82 San Juan Pablo II, PDV, 43.

83 San Juan Pablo II, PDV, 43.

su nombre⁸⁴. Esta unidad de la persona del sacerdote en torno a Cristo es su propio «ordo amoris»⁸⁵ y «esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote»⁸⁶. Ese «ordo amoris» del presbítero, imagen viva de Cristo Cabeza y Pastor, se convierte en su experiencia configuradora.

INVITACIÓN A COMPARTIR LA MEDITACIÓN

1ª. ¿Comentemos qué es «pérdida» y qué es «ganancia» en este texto de San Pablo?

2ª. Comentemos las dificultades para estructurar el corazón del sacerdote, su deseo de Dios.

3ª. Comentemos lo que favorecería «ordo amoris»⁸⁷ del sacerdote, ordenar el amor sacerdotal.

ORACIÓN

«Danos, Señor, una plena vivencia del misterio pascual, para que la alegría que experimentamos en estas fiestas sea siempre nuestra fuerza y nuestra salvación. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén»⁸⁸.

84 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 43.

85 San Agustín, La Ciudad de Dios, 15, 22.

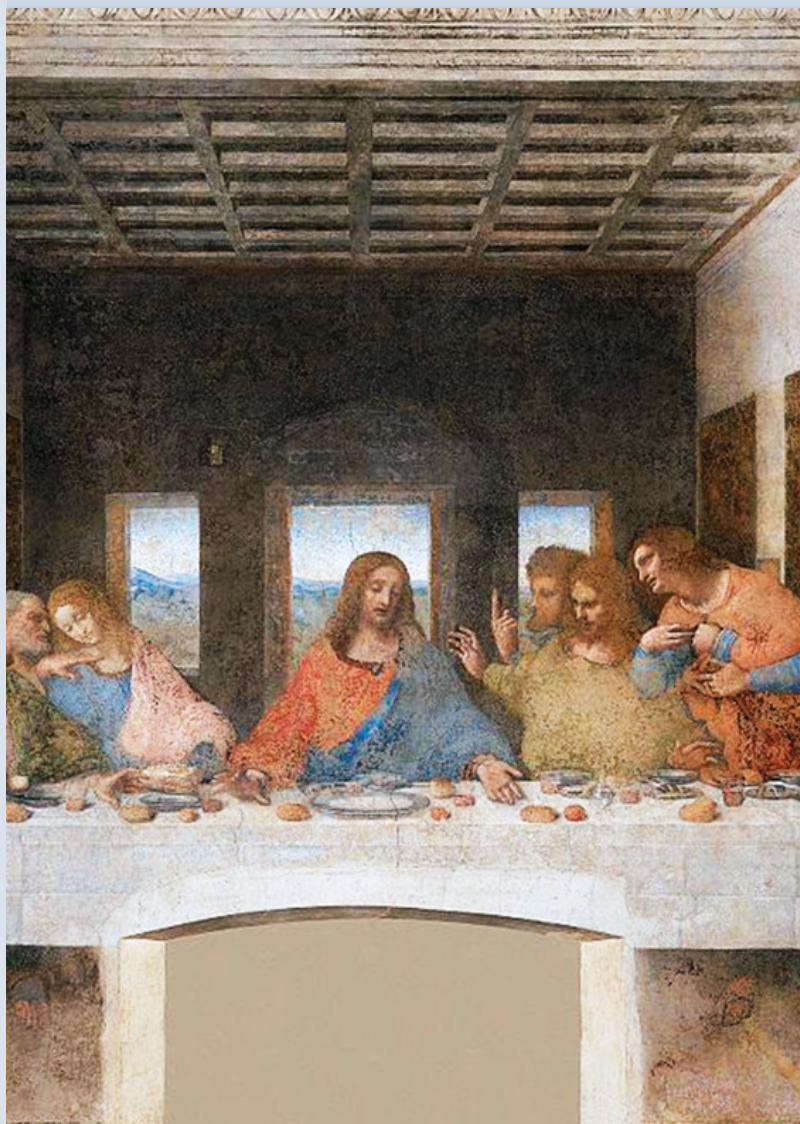
86 San Juan Pablo II, PDV, 23.

87 San Agustín, La Ciudad de Dios, 15, 22.

88 Oración del viernes V del Tiempo Pascual: cf. LH, vol. III, Laudes, p. 732.

«Que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y sensibilidad para apreciar los valores» (Cf. Flp 1, 9)
El sacerdote, hombre del discernimiento espiritual

Tercera Meditación



TERCERA MEDITACIÓN

3^a

«Que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y sensibilidad para apreciar los valores» (Cf. Flp 1, 9)

El sacerdote, hombre del discernimiento espiritual

HIMNO

«Mis ojos, mis pobres ojos
que acaban de despertar
los hiciste para ver,
no sólo para llorar.

Haz que sepa adivinar
entre las sombras la luz,
que nunca me ciegue el mal
ni olvide que existes tú.

Que, cuando llegue el dolor,
que yo sé que llegará,
no se me enturbie el amor,
ni se me nuble la paz.

Sostén ahora mi fe,
pues, cuando llegue a tu hogar,
con mis ojos te veré
y mi llanto cesará. Amén»⁸⁹.

⁸⁹ Himno de Laudes del Lunes de la I Semana del Salterio del Tiempo Ordinario.

INTRODUCCIÓN

Esta meditación ahonda en la fuente dinámica de todo verdadero discernimiento espiritual que es el crecimiento del amor en penetración y sensibilidad para captar y estimar verdades, valores y virtudes. «Hoy es una realidad imperiosa el hábito del discernimiento, se ha vuelto necesario»⁹⁰. El presbítero caminará con humildad en su configuración con Jesucristo Cabeza y Pastor de modo que progresivamente llegue a ser «hombre del discernimiento» «capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar conforme a la voluntad divina»⁹¹. «La vocación a ser pastores del Pueblo de Dios exige una formación que haga a los futuros sacerdotes expertos en el arte del discernimiento pastoral, esto es, capaces de una escucha profunda de las situaciones reales y de un buen juicio en las opciones y las decisiones»⁹².

EL TEXTO

«Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios» (Flp 1, 9-11).

⁹⁰ Francisco, *Gaudete et exultate*, 167. En adelante, GE.

⁹¹ Ratio, 43.

⁹² Ratio, 120.

COMENTARIO

1. LA ORACIÓN DE SAN PABLO.

«Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y sensibilidad» (v. 9)

San Pablo nos menciona el contenido de su oración por los filipenses; este contenido suplicado son tres bienes⁹³: que su caridad interior crezca, en penetración y sensibilidad, para poder discernir lo que agrada a Dios. «Esta plegaria paulina atestigua con claridad la verdad fundamental del cristianismo: el amor es el criterio definitivo para la elección de lo que es justo, y la vida del cristiano debe tender simplemente a este amor intenso, que involucra todo el corazón, toda la mente y todas las fuerzas»⁹⁴. San Pablo pide para la comunidad el amor que debe crecer porque sólo ese crecimiento en el amor asegura el discernimiento, la estimación y la apreciación de las verdades, de los valores. Ese apreciar lo que más perfecto (cf. Flp 1, 10) nace de la unctio magistra⁹⁵. «Al estar el amor ligado al discernimiento no se dejará engañar por frases hechas ni por tópicos, nos se parará en minucias ni buscará hacer mejor casuísticamente esto o aquello, sino que tiene una clara perspectiva de o importante. Al ser el cristiano capaz de reconocer lo esencial»⁹⁶. Si hay un progresivo crecimiento en la caridad el discípulo se acercará a un cabal conocimiento de Dios y de sus misterios, y logrará una más aquilatada apreciación del camino de Dios en las realidades que trata⁹⁷. San Pablo pide, pues, para los filipenses la fuente de todo acertado discernimiento. De este modo el amor es el criterio definitivo para la determinación de lo que es justo; por ello, el Apóstol pide sus fieles de Filipo el

93 Cf. Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec.2, 17-19.

94 Enzo Bianchi, o.c., p. 29.

95 San Bernardo, Sermones sobre el Cantar de los Cantares, 17, 2; cf. Enzo Bianchi, o.c., p. 28.

96 Gerhard Friedrich, o.c., p. 110.

97 Cf. José M. Bover, o.c., p. 329.

dilatentur spatia caritatis⁹⁸, si se dilata el espacio de la caridad se logrará el adecuado discernimiento.

Un amor crecido en «penetración y sensibilidad» es la fuente de un acertado discernimiento espiritual y pastoral; qué podemos entender por «penetración» y «sensibilidad» en este contexto. La penetración es la búsqueda de sentido pleno para llegar a captar la realidad o el misterio desde dentro; se trata de un caso de *intelligere* en el sentido estricto del término, a saber, como *intus legere intima rei*, leer en el interior las cosas íntimas de las cosas. Se abre el camino al conocimiento interno. Así Santo Tomás de Aquino⁹⁹ abre el camino del conocimiento interior al comentar este texto «*Hoc enim sentite in vobis quod est in Cristo*»¹⁰⁰, invitándonos a captar la experiencia de lo que aconteció en Cristo. Evidentemente, fue San Ignacio de Loyola quien nos exhortaba al conocimiento interno: «será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga»¹⁰¹; «porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente»¹⁰².

Por otra parte, «sensibilidad» es una realidad unitaria de la persona, resultado de las verdades, los valores y las virtudes en las que vive, espera y busca, es decir, es una orientación existencial de la persona como resultado de su orientación mental, emocional y decisional; según donde habita el corazón de la persona resulta la persona más o menos sensible. En el caso del sacerdote la sensibilidad, siguiendo a Cristo en su manifiesta sensibilidad (cf. Hb 4, 15), es fruto de la gracia de Jesucristo que deposita un germen de su caridad pastoral en la consagración del presbítero y conforme este germen se despliega madura al sacerdote en sensibilidad que se manifiesta en el trato con los hombres y en la

98 San Agustín, Cartas 69, 1.

99 Cf. Santo Tomás de Aquino, Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 2, lec. 2, 52.

100 Flp. 2, 5.

101 San Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, 104.

102 EE, 2. 5.

vida de cada día, ella le permite intuir, compartir y hacer propia la experiencia de los hombres y mujeres¹⁰³. «El acompañamiento personal exige refinar continuamente la propia sensibilidad a la voz del Espíritu y conduce a descubrir en las peculiaridades personales un recurso y una riqueza»¹⁰⁴. Se dice que la sensibilidad de Dios es el Espíritu santo.

«para apreciar los valores» (v. 10)

Apreciar es valorar positivamente. La imbricación de las facultades es tal que la penetración y la sensibilidad pueden hacer aparecer los valores, no los crean, pero pueden hacerlos convenientes para mí; es lo que ha venido en llamarse relatividad en la captación de los valores¹⁰⁵. El hombre no inventa los fines, pero los hace aparecer como valores para él, es decir, como convenientes para él; dicho de otro modo, «si todo fin es ontológicamente un valor por la plenitud que posee de Dios, no aparece como valor y no es captado como tal sino por un sujeto que le reconoce tal en un acto de valoración»¹⁰⁶. El modo de ser, talidad de la personalidad, hace aparecer el objeto tal, el deseo fabrica el objeto, no en sí, sino para mí¹⁰⁷, crea la relación con los valores: «Qualis unusquisque est, talis finis videtur ei»¹⁰⁸, según cada uno es elige tal fin. Por eso apreciar o valorar no es sólo conocer un bien o una verdad, aunque lo implica, ni apreciar o valorar es un sentimiento, aunque también lo envuelve, tampoco valorar es apetecer, aunque también lo incluya: todos estos actos personales intervienen ciertamente en el valorar, en el centro de valoración de una persona, pero para valorar algo como bien o verdad, junto con todos esos

103 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 72.

104 Sínodo de los Obispos-XV Asamblea General Ordinaria, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio, San Pablo, Madrid 2017, p. 48.

105 Cf. René Simón, Moral, Moral, Herder, Barcelona 1987, pp. 119-120.

106 Jean Mouroux, L'Expérience chrétienne. Introduction a une théologie, Aubier, Paris, p. 254.

107 Cf. Jean Mouroux, o. c., p. 254, 255; René Simón, o. c., p. 120.

108 Cf. Santo Tomás de Aquino, STH I-II, 9,2; I, 80, 2, ad 1; I, 80, 1, ad 1.

actos, se debe incluir la apropiación de un bien como motivo de la motivación de una persona por medio de una interiorización gradual y progresiva, que se da cuando la persona convierte un fin, un bien o una verdad en su fin, su verdad o su bien; y esto supone un camino que puede ser reflejado por Subida al Monte Carmelo de San Juan de la Cruz o Castillo interior de Moradas de Santa Teresa de Jesús.

«Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios» (vv. 10-11)

Discernir está en función de elegir y de decidir, pero el discernir está en función del crecimiento en el amor penetrante y sensible. San Pablo ha orado por los filipenses para que alcancen tres bienes: el aumento de la caridad interior, que es campo afectivo¹⁰⁹, aumento de todo conocimiento¹¹⁰, que es campo de la inteligencia espiritual y, finalmente, «limpios e irreprochables»¹¹¹, que es campo de frutos y efectos. Por el camino de ese discernimiento desde un amor crecido en penetración y sensibilidad Cristo los encontrará «puros e irreprochables» en el Día de Cristo, «cargados de frutos de justicia», es decir, sin corrupción interior que elimina la pureza, y libres de ofensa, que se refiere al prójimo¹¹². «Pablo afirma que sólo el amor es lo que permite al cristiano ser íntegro, no perderse en caminos de muerte y experimentar así el fruto de la Justicia»¹¹³.

Es muy conveniente considerar que el criterio referente del discernimiento es «el día del Señor» (Flp 1, 10; 2, 16; cf. I Cor 1, 8; 3, 13; 5, 5; I Ts 5, 2; II Cor 1, 14), es decir, decidir y determinarse en cada cosa y momento para superar la prueba del día del Señor,

109 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec. 2, 16.

110 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec. 2, 17.

111 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec. 2, 18.

112 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec. 2, 18.

113 Enzo Bianchi, o.c., p. 29.

o dicho con la tradición, «sub ratione aeternitatis» o «sub specie aeternitatis». El texto de filipenses tiene una dinámica que nace de un amor crecido, que por este crecimiento verificado en la penetración y en la sensibilidad logrará apreciar, estimar y valorar las verdades como verdaderos valores a valorizar por parte de su alma. Por eso San Ignacio de Loyola¹¹⁴ ha traducido a reglas prácticas el itinerario de pensamiento que hay en este texto de Flp 1, 9-11. De ello se sigue que las elecciones de verdades y valores que configuren nuestra vida, para que sean «sana y buena elección»¹¹⁵ deben proceder del amor recibido de arriba¹¹⁶, elegidos, apreciados y valorados por Dios¹¹⁷, y «la tercera, considerar, como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entones querría haber tenido en el modo de la presente elección; y, reglándome por aquella, haga en todo la mi determinación»¹¹⁸. Esta referencia al Día del Señor, es muy saludable para las elecciones, determinaciones y decisiones de la persona, y es un criterio para discernir. La visión de las cosas «sub ratione aeternitatis» o «sub specie aeternitatis es fruto del de una plegaria que suplica el dinamismo del crecimiento del amor más y más en penetración y sensibilidad para apreciar, captar y estimar los valores.

2. EL PRESBITERO EL HOMBRE DEL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

La necesidad imperiosa del discernimiento espiritual

La carta a los Filipenses nos dice que es necesario para apreciar los valores y las verdades un amor que crezca en «penetración y en sensibilidad (1, 9-10), es decir, es necesario el discernimiento, y de este modo se puede llegar al Día de Cristo «limpios e irrepugnables, cargados de frutos de justicia» (1, 10-11). El papa

114 Cf. San Ignacio de Loyola, EE, 184-187, 338-341.

115 San Ignacio de Loyola, EE, 184.

116 San Ignacio de Loyola, EE, 184, 2.

117 San Ignacio de Loyola, EE, 184, 3.

118 San Ignacio de Loyola, EE, 186.

Francisco ha calificado el discernimiento de «una necesidad imperiosa»¹¹⁹ porque el tiempo en el que vivimos nos exige desarrollar una profunda capacidad para discernir: «Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un zapping constante. (...). Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento»¹²⁰. Resulta imprescindible en emprender un itinerario de discernimiento¹²¹ de identificar, nombrar y reconocer motivos, actitudes, sentimientos y conductas¹²² e interpretar para comprender el origen de los sentimientos, de las actitudes, de los deseos y de los comportamientos: «Una persona que madura debe saber hablar: la lengua de la mente, la lengua del corazón y la lengua de las manos (...) pensar lo que tú sientes y lo que tú haces; sentir bien lo que tú piensas y lo que tú haces; y hacer bien lo que tú piensas y lo que tú sientes. Las tres lenguas, armoniosas y juntas»¹²³.

«El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento imprescindible de clarificación para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano. Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo

119 Francisco, GE, 167.

120 Francisco, GE, 167.

121 Francisco, Mensaje para la XXXIII Jornada Mundial de la Juventud, 11 de febrero de 2018, Editorial San Pablo, Madrid 2018, p. 6.

122 Sínodo. Documento preparatorio, pp. 40-41.

123 Francisco, Video Mensaje, 10 de mayo de 2014; Sínodo. Documento preparatorio, pp. 42-43.

concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy. Por tanto, pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero «examen de conciencia». Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones»¹²⁴. El discernimiento no es algo puntual sino un proceso largo que acompaña durante toda la vida¹²⁵.

El discernimiento cristiano

Existe un continuada exhortación de la Palabra de Dios a realizar el discernimiento en la vida humana y cristiana: «No os fiéis de cualquier espíritu, sino mirad si es de Dios» (I Jn. 4, 1), «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (I Tes. 5, 21). «Conocer de dónde vienen los movimientos interiores de nuestra alma»¹²⁶. En la Historia de la vida espiritual el discernimiento es considerado la principal cualidad del director espiritual, y del acompañante y formador de personas, virtud central primero para éstos y después para el formando, que debe interiorizar esta capacidad creyente y ejercerla en quehacer del día a día. Debe educarse y ser educado en la docilidad hermosa al Espíritu de Dios en sus decisiones. Hay diversos términos usados para indicar esta realidad que llamamos discernimiento: discernimiento, discreción, comprobación, verificación, diacrisis, «discretio spirituum», «sancta discretio»¹²⁷,

124 GE, 169.

125 Cf. Sínodo de los Obispos-XV Asamblea General Ordinaria, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio, San Pablo, Madrid 2017, p. 45.

126 San Ignacio de Loyola, EE, 32.

127 Edith Stein, Sancta discretio, en Obras completas, V. Escritos espirituales, Editorial Monet Carmelo, Burgos 2004, pp. 628-630.

prudencia¹²⁸.

Conviene distinguir dos expresiones, discernimiento espiritual y discernimiento de espíritus, si queremos hablar con propiedad. El discernimiento será espiritual si se actúa a nivel de espíritu, es decir, si es de índole espiritual y hecho desde lo espiritual y con espíritu, con la facultad sobrenatural y los dones del Espíritu Santo; cuando se habla de discernimiento espiritual, se debe entender «espiritual» como un adjetivo calificativo del acto de discernir; indica la cualidad y la calidad de la acción de discernir y el nivel en el que se ejercita el discernimiento. La expresión discernimiento de espíritus, sin embargo, se refiere al acto de distinguir los movimientos o inspiraciones internas del hombre, intentando descubrir su origen y la conducta a seguir para agradar al Señor¹²⁹; ese «de espíritus» es un genitivo de objeto, indica el objeto al que se aplica el discernimiento, es decir, las situaciones de espíritu, luces o mociones, las tendencias o inclinaciones, los espíritus que actúan en el hombre¹³⁰. El discernimiento dice relación a la iluminación de la motivación de la conducta humana y de su origen. El discernimiento espiritual viene a ser la capacidad de discernir el espíritu bueno y el espíritu malo, lo que procede de Dios en el alma y lo que procede de su propio espíritu o del ángel malo; es detectar la voz del Espíritu Santo en las circunstancias concretas de la vida del formando. Discernir, entre todas las voces, cuál es la voz del Señor. El discernimiento incluye reconocer, interpretar y elegir¹³¹.

128 La conexión entre prudencia y discernimiento es evidente para el Catecismo de la Iglesia Católica n. 1806: «La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo». Del mismo modo Santo Tomás de Aquino incluye al discernimiento en su tratado de la prudencia como puede verse en muchos de sus textos, pero especialmente en STh I-II q. 56-58, 61, pero es en la STh II-II, qq. 47-56) donde desarrolla el papel de la prudencia y sus notas.

129 Cf. Manuel Ruiz Jurado. *El Discernimiento espiritual*. Teología. Historia Práctica. BAC, Madrid 1994, p. 20.

130 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c., p.18.

131 Cf. EG, 51.

¿De dónde nos viene este don? En nuestra naturaleza hay algo que nos capacita para un cierto discernimiento; se le llama sensibilidad o tacto, que es el resultado de todo el proceso formativo. Pero esta discreción natural tiene límite a la hora de entrar hasta lo más íntimo del alma, porque allí sólo el Espíritu Santo penetra (cf. I Cor 2, 10). El auténtico discernimiento es sobrenatural y se da al alma en la que habita con viveza el Espíritu Santo. ¿Hay que considerar entonces la discernimiento espiritual como un don del Espíritu Santo? No es un don sino la conjunción de los siete dones conocidos del Espíritu Santo: «La sancta discretio es, por todo esto, radicalmente diversa de la sagacidad humana. No discierne en base a un pensamiento progresivo, como puede ser el espíritu investigador humano (...). El ojo del espíritu, iluminado por la luz celeste, alcanza las distancias más remotas (...). Con la unión crece la plenitud hasta que en el sencillo rayo de la luz divina el mundo entero se hace visible, como le sucedió a San Benito¹³²»¹³³. «¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual»¹³⁴.

Los criterios para el discernimiento se encuentran en la persona de Cristo y en su evangelio; son criterios teologales directamente. Y así aparecen criterios tales como los frutos de una vida espiritual: «Por sus frutos los reconoceréis», (Mt. 7, 16)¹³⁵, para reconocer el buen espíritu de una persona es comprobar el cumplimiento de la Palabra de Cristo (cf. Mt 12, 50)¹³⁶, dejarse conducir por el Espíritu

132 Cf. San Gregorio Magno, Dialog. II, cap. 35: PL 66, 198.

133 Edith Stein, Sancta discretio, o.c. , pp. 629-630.

134 GE, 166.

135 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c. , p. 25.

136 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c., p. 26.

de Dios (cfr. Rom 8, 14)¹³⁷, hacerse como niño (Mt 18, 3; cf. Mc 9, 35; Lc 9, 48), la docilidad para aceptar las correcciones, especialmente de la autoridad de la Iglesia¹³⁸ y obrar con misericordia, (Cf. Mt 25, 31-46) resalta como queridas por Él las obras de misericordia con el prójimo¹³⁹. Por los frutos (cf. Galt. 5, 19-22; Ef. 5, 8-10; 7, 4-5), si edifica (cf. I Cor. 12, 7; 12, 12-13; 14, 12, 26; 15, 17-19), si hay luz y paz (cf. I Cor. 14, 32-3; II Cor. 7, 10; Rom. 8, 6; 14, 17-18), la caridad como fruto y como criterio (cf. II Cor. 6, 4-7; Galt. 5, 22-23; I Cor. 3, 3; I Cor. 8, 13; Rom. 14, 15; I Cor. 6, 4-7; Flp. 1, 9; Ef. 4, 14-15; I Cor. 13, 4ss) y el criterio supremo de discernimiento es, para San pablo, como para los evangelios, la actitud hacia Jesucristo (Cf. I Cor. 12, 3). El usar estos criterios cristológicos se funda en que el Espíritu sólo habla de Cristo, Cristo es el dador del Espíritu y Cristo al encarnarse nos da unos indicadores de qué es lo espiritual en el contexto del ser y del obrar de un humano, de una persona¹⁴⁰. Sin embargo, hay que complementar el criterio de los frutos con el criterio de los procesos hacia los frutos, y para ello, es preciso reconocer y tener en cuenta que el discernimiento es tarea interdisciplinar, pues cualquier verdad espiritual tiene que ser vivida y expresada por una personalidad. Por ello es preciso estudiar los dinamismos psicológicos de la personalidad a la hora de asumir, interiorizar y apropiarse el misterio de Cristo en su persona y personalidad y tener en cuenta todo lo que contribuye a plasmar la mentalidad y los estilos de vida de la sociedad actual.

El presbítero, hombre del discernimiento espiritual y pastoral

La formación continua y permanente del presbítero promueve un crecimiento interior para lograr que presbítero sea el «hombre del discernimiento», capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar con-

137 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c. p. 26.

138 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c., p. 27.

139 Cf. Manuel Ruiz Jurado, o.c., p. 27.

140 Cf. Antonio Ávila, Para conocer la psicología e la religión, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 2004, p. 156.

forme a la voluntad divina»¹⁴¹. El presbítero es, y debe ser, un hombre maduro interiormente¹⁴². «La formación sacerdotal es un camino de transformación, que renueva el corazón y la mente de la persona, para que pueda *«discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto»* (Rm 12, 2)»¹⁴³. Identificar, comprender y corregir: «En este camino permanente de discernimiento, el sacerdote sabrá identificar y comprender las mociones, los dones, las necesidades y las fragilidades, para *«quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima»*¹⁴⁴»¹⁴⁵.

«Para acompañar a otra persona no basta estudiar la teoría del discernimiento, es necesario tener experiencia personal de interpretar los movimientos del corazón para reconocer la acción del Espíritu, cuya voz sabe hablar a la singularidad de cada uno. El acompañamiento personal exige refinar continuamente la propia sensibilidad a la voz del Espíritu y conduce a descubrir en las peculiaridades personales un recurso y una riqueza»¹⁴⁶. El que intenta realizar el discernimiento espiritual debe ser consciente de que hay elementos dentro de su propia alma que pueden ser favorables y desfavorables para poder realizar un discernimiento verdadero y objetivo de otra persona. Como preparación didáctica imprescindible para llegar a ser hombre del discernimiento es preciso que el propio sacerdote identifique, comprenda, corrija e integre su vida personal, su propia historia y su vida espiritual¹⁴⁷. Aquí el discernimiento se convierte en «humilde y constante trabajo sobre sí mismo» «por medio del cual el sacerdote se abre con honestidad a la verdad de la vida y a las exigencias reales del mi-

141 Ratio, 43.

142 Ratio, 41.

143 Ratio, 43.

144 Ignacio de Loyola, EE, 1.

145 Ratio, 43.

146 Sínodo de los Obispos-XV Asamblea General Ordinaria, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio, San Pablo, Madrid 2017, p. 48.

147 Cf. Ratio, 43.

nisterio, aprendiendo a juzgar los movimientos de la conciencia y los impulsos interiores que motivan las acciones»¹⁴⁸. De este modo «el presbítero aprende a gobernarse a sí mismo, contando con los recursos espirituales y mentales, del alma y del cuerpo; aprende a distinguir aquello que se puede hacer de lo que no conviene o no se debería hacer; comienza a administrar las propias energías, planes y esfuerzos, con una equilibrada disciplina y un honesto conocimiento de los propios límites y posibilidades»¹⁴⁹. Este discernimiento continuo y este trabajo sobre sí mismo es camino de autenticidad, de honestidad y de exigencias: «Este camino de autenticidad consigo mismo exige una cuidadosa atención de la propia interioridad, mediante la oración personal, la dirección espiritual, el contacto cotidiano con la Palabra de Dios, la lectura creyente de la vida sacerdotal, en unión con los otros presbíteros y con el Obispo, y los instrumentos que sirven para crecer en las virtudes de la prudencia y del juicio»¹⁵⁰.

3. LOS CONTENIDOS A DISCERNIR

Una diagnosis espiritual del actual momento humano y espiritual, dentro y fuera de la iglesia

El papa Francisco nos ha ofrecido una diagnosis espiritual del actual momento humano y espiritual, dentro y fuera de la iglesia: «Antes de hablar acerca de algunas cuestiones fundamentales relacionadas con la acción evangelizadora, conviene recordar brevemente cuál es el contexto en el cual nos toca vivir y actuar. Hoy suele hablarse de un «exceso de diagnóstico» que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables. Por otra parte, tampoco nos serviría una mirada puramente sociológica, que podría tener pretensiones de abarcar toda la rea-

148 Cf. Ratio, 43.

149 Cf. Ratio, 43.

150 Ratio, 43.

lidad con su metodología de una manera supuestamente neutra y aséptica. Lo que quiero ofrecer va más bien en la línea de un discernimiento evangélico. Es la mirada del discípulo misionero, que se «alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo»¹⁵¹.

Nos ha indicado «algunas notas o expresiones espirituales que no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama»¹⁵², son «cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy»¹⁵³. Y al mismo tiempo nos ha identificado esos «riesgos y límites de la cultura de hoy» que pueden introducirse en la espiritualidad cristiana y sacerdotal de modo que la enfermen y la malogren. Por ello, el Papa nos ha invitado a tener una espiritualidad fundamentada¹⁵⁴, profunda¹⁵⁵, misionera¹⁵⁶, integral e integradora¹⁵⁷ de modo que pueda diluir lo que obstaculiza el entusiasmo misionero del sacerdote y robustecer la debilitación del celo apostólico y de la generosidad en la entrega total al propio ministerio, es decir, lo que puede robarle el entusiasmo misionero¹⁵⁸: «¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!»¹⁵⁹.

Las cinco grandes notas para la santidad en el mundo actual indicadas por el papa Francisco¹⁶⁰. **Aguante, paciencia y mansedumbre**¹⁶¹: «La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza

151 Francisco, EG, 50.

152 GE, 110.

153 GE, 111.

154 Cf. San Juan Pablo II, PDV,11-18, 19-33, 72.

155 Cf. Francisco, EG, 76-109, 241, 275; Francisco, Veritatis gaudium. La alegría de la verdad. Constitución Apostólica, 27 de diciembre de 2017, Proemio, 1. En adelante VG.

156 Cf. Francisco, EG, 78-80.

157 Cf. Francisco, EG, 2, 78, 262; Ratio, 28, 29, 43, 69.

158 Ratio, 84.

159 Francisco, EG, 80.

160 Cf. Francisco, GE, 110-157.

161 Francisco, GE, 112-121.

interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos:»¹⁶². **Alegría y sentido del humor**¹⁶³: «El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado»¹⁶⁴. **Audacia y fervor**¹⁶⁵: «Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (Mc 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20)»¹⁶⁶. **En comunidad**¹⁶⁷: «Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos»¹⁶⁸. «La santificación es un camino comunitario, de dos en dos»¹⁶⁹. **En oración constante**¹⁷⁰: «El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo (...). No creo en la santidad sin oración»¹⁷¹.

Mundanía espiritual

El primer riesgo que puede contaminar la vida espiritual y la labor pastoral, y es preciso discernir espiritualmente, «se esconde

162 Francisco, GE, 112.

163 Francisco, GE, 122-128.

164 Francisco, GE, 122.

165 Francisco, GE, 129-139.

166 Francisco, GE, 129.

167 Francisco, GE, 140-146.

168 Francisco, GE, 140.

169 Francisco, GE, 141.

170 Francisco, GE, 147-157.

171 Francisco, GE, 147.

detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal»¹⁷², el Papa le ha llamado «mundanidad espiritual»; estábamos habituados a hablar de mundanidad del mundo, pero ésta «sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral»¹⁷³. Esta «vanagloria espiritual»¹⁷⁴ «toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto»¹⁷⁵.

«Esta mundanidad puede alimentarse especialmente de dos maneras profundamente emparentadas. Una es la fascinación del gnosticismo¹⁷⁶, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo¹⁷⁷ autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico»¹⁷⁸.

172 Francisco, EG, 93.

173 Francisco, EG, 93.

174 Francisco, EG, 96.

175 Francisco, EG, 93.

176 Cf. Francisco, EG, 36-46.

177 Cf. Francisco, EG, 47-62.

178 Francisco, EG 94; Cf GE 36-62.

«En esta relación íntima con el Señor y en la comunión fraterna, los seminaristas serán acompañados para identificar y corregir la «mundanidad espiritual»: la obsesión por la apariencia, una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar, el narcisismo y el autoritarismo, la pretensión de imponerse, el cultivo meramente exterior y ostentoso de la acción litúrgica, la vanagloria, el individualismo, la incapacidad de escucha de los demás y todo tipo de carrerismo¹⁷⁹»¹⁸⁰.

Un segundo riesgo está identificado por el Papa como acedia espiritual

Tenemos que considerar qué es la acedia espiritual, cuáles son sus manifestaciones y cuál es su origen porque afecta muy esencialmente al dinamismo misionero¹⁸¹. La acedia habita en un contexto de desesperanza o de presunción, es decir, el alma no tiene fe en alcanzar algo pleno. Se suele identificar con la pereza, pero ésta es su consecuencia¹⁸². La acedia es una especie de tristeza hacia lo sobrenatural, hacia lo religioso¹⁸³, es una aversión consciente de lo espiritual, una huida de Dios, *detestatio boni divini*¹⁸⁴.

¿Cuál es su origen? «Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes»¹⁸⁵. La concepción que tiene de la tarea ministerial: «una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos»¹⁸⁶. «El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la

179 Cfr. EG, nn. 93-97.

180 Ratio, 42.

181 Cf. Francisco, EG, 81.

182 Cf. Josef Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1976, p. 393.

183 Cf. Josef Pieper, o.c., pp. 394-395

184 Santo Tomás de Aquino, *Mal.* 8, 1.

185 Francisco, EG, 82.

186 Francisco, EG, 81.

acción y la haga deseable»¹⁸⁷. Diversidad de motivos adulterados en el trabajo ministerial conducen cuando no se logran a este estado anímico: «Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la «hoja de ruta» que la ruta misma. Otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz»¹⁸⁸.

Son hijas de la acedia espiritual: la falta de esperanza, la evagatio mentis con todas sus manifestaciones (verbosidad, curiosidad, importunidad, inquietud, inestabilidad de lugar y de decisión), embotada indiferencia, pusilanimidad, poquedad de amor, irritada oposición a todo lo que recuerde vuelta a Dios, conversión, memoria de Dios¹⁸⁹; «sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre»¹⁹⁰. «En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual»¹⁹¹. Se ahoga el fervor y la audacia¹⁹². «No al pesimismo estéril. Le han robado la esperanza»¹⁹³.

187 Francisco, EG, 82.

188 Francisco, EG, 82.

189 Cf. Josef Pieper, o.c., pp. 395-397.

190 Francisco, EG, 81.

191 Cf. Francisco, GE, 84-85.

192 Francisco, EG, 84.

193 Cf. Francisco, GE, 111.

La acedia engendra la pérdida de la alegría evangelizadora¹⁹⁴. Y, consecuentemente, hace deslizar el ministerio en un pragmatismo y en mezquindad, desilusión de la Iglesia, de nosotros y de la realidad; emergen estados de ánimo como «tristeza dulzona», «sin esperanza»: «Así se gesta la mayor amenaza, que «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad». (...). Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como «el más preciado de los elixires del demonio». Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!»¹⁹⁵.

INVITACIÓN A COMPARTIR LA MEDITACIÓN

1ª. Comentemos el texto que sirve de título a esta meditación: «que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores» (Flp 1, 9). Amor y penetración y sensibilidad para captar y apreciar las verdades, los valores y las virtudes. El amor que discierne con mayor profundidad.

2ª. Comentemos los signos de vanagloria en el ministerio y en el ejercicio del Ministerio. La mundanidad espiritual. De mismo modo la pérdida del ardor por Dios y por su evangelización bajo la forma de acedia espiritual y de pesimismo estéril.

194 Francisco, EG, 83.

195 Francisco, EG, 83.

3ª. Comentemos las salidas propuestas por el Papa Francisco para salir de estos estados anímicos en la vida espiritual y en el ejercicio del Ministerio presbiteral.

ORACIÓN

«Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu, acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe, totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí» ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús. Tú, llena de la presencia de Cristo, llevaste la alegría a Juan el Bautista, haciéndolo exultar en el seno de su madre. Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor. Tú, que estuviste plantada ante la cruz con una fe inquebrantable y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación, madre del amor, esposa de las bodas eternas, intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino. Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya»¹⁹⁶.

196 EG, 287.

«Testigo me es Dios del amor
entrañable con que os quiero,
en Cristo Jesús» (Flp 1, 8)

El sacerdote, hombre de la pedagogía
pastoral del deseo

Cuarta Meditación



CUARTA MEDITACIÓN

4^a

**«Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús» (Flp 1, 8)
El sacerdote, hombre de la pedagogía pastoral del deseo**

HIMNO

«¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo!

Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios.

Si los sufrimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, gracias a Cristo rebosa en proporción nuestro ánimo. Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación.

Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos.

Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros; pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación (II Cor 1, 3-5).

INTRODUCCIÓN

Queremos contemplar en esta meditación el dinamismo afectivo de San Pablo como encarnación del amor entrañable de Cristo en su corazón: «os amo en las entrañas de Cristo Jesús». ¿Qué es amar en las entrañas de Cristo? ¿Qué contienen las entrañas de Cristo? Con toda seguridad que debe ser un amar cristificado. El mejor de los amores que conduce a la mejor de las afectividades. Esas entrañas de Cristo tienen ojos, tienen conmoción y tiene dirección formadora y edificante. Es un amor inteligente y maduro, propio del Verbo encarnado. Es un amor incondicional, sano, desprendido, positivo, solícito y entrañable. Es un amor que ha logrado la armonía, la síntesis, entre sensatez, sensibilidad y corazón. Tiene gozo, tiene sentimiento en Cristo, se gozarse con los gozos de los demás y llorar con las lágrimas de los demás. Un amor que tiene las virtudes del amor que acompañan al amor para llegar a ser maduro.

Ahondar en esta verdad dinámica afectivamente es colocar las bases de un presbítero como hombre de comunión. Debe ser el camino de la madurez afectiva del sacerdote, un amor enraizado dinámicamente en las entrañas de Cristo.. Ese amor es la caridad pastoral. Y encontrar en el misterio de Cristo un modo de pedagogía del deseo, de pedagogía pastoral del deseo, para acompañar la transformación de los deseos en el deseo fundamental o esencial dentro de los diversos deseos, mostrando la redención, purificación y sanación de los deseos, porque la propuesta de Cristo en el área de la afectividad responde al corazón y a la mente del hombre y de la mujer.

EL TEXTO

«Esto que siento por vosotros está plenamente justificado: os llevo en el corazón, porque tanto en la prisión como en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia. Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús» (Flp 1, 7-8).

COMENTARIO

1. EL AMOR ENTRAÑABLE DE SAN PABLO EN CRISTO JESÚS.

**«Esto que siento por vosotros está plenamente justificado»
(v. 7)**

San Pablo quiere dar la razón de lo que siente hacia los filipenses, «plenamente justificado», es decir, que él se goce de ellos y ellos gocen con él. Anteriormente San Pablo ha expresado sus sentimientos de amor, de gozo, de confianza; ahora les dice que todo eso está justificado por la sintonía evangélica entre ellos y él fundada en el amor de Cristo. Esta intención de San Pablo de justificar «lo que siente en el corazón» hacia los filipenses descarta toda afectividad por la afectividad que no resuelve lo personal; necesita una ternura fundada en el significado, verdadera, buena; no hay más salida que el amor hermoso, solícito, que tiene logos, razón de ser, fundamento.

Cuando hay que justificar el amor, la afectividad y los sentimientos no cualquier justificación realmente justifica; es preciso

una justificación que se fundamente en el ser , en la verdad de sí mismo, en lo que soy, de lo contrario cualquier pretendida justificación justificaría. Aquí San Pablo nos abre el camino de la verdadera fundamentación de todo nuestro mundo afectivo para que no sea un autoengaño o una distorsión afectiva. El problema del hombre es «amare et amari»¹⁹⁷, amar y ser amado, pero su solución no es cualquier amor y de cualquier modo, no la afectividad por la afectividad, no un amor fruto de la indigencia y de la necesidad; según sea mi amor así es la calidad de mi persona¹⁹⁸, y esto lo sé sabiendo a dónde me lleva mi amor. «Todo hombre ama; nadie hay que no ame; pero hay que preguntar qué es lo que ama. No se nos invita a no amar, sino a que elijamos lo que hemos de amar»¹⁹⁹. «El amor bien ordenado no ama lo que no debe, ni deja de amar lo que debe. No ama más lo que debe amar menos, ni ama menos lo que debe amar más»²⁰⁰. Ese principio creador de mi propia armonía es el «ordo amoris», ordenar mi amor, el peso de mi vida. El amor verdadero unifica e integra, salva y recrea desde el interior. El núcleo organizador de la personalidad, su madurez, es el «ordo amoris»²⁰¹, ordenar el amor. El crecimiento del hombre, su andadura madurativa, es la andadura de su amor²⁰².

«Os llevo en el corazón, porque tanto en la prisión como en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia» (v. 7)

Les dice a los filipenses que «os llevo en el corazón» pero al mismo tiempo justifica este gozo compartido que puede entenderse como si dijera os llevo de tal manera en el corazón «que vosotros os gozáis de aquello mismo en que yo me gozo, que es el gozo de mis cadenas»²⁰³, pero agrega «tanto en la prisión como

197 San Agustín, Confesiones, II, 2.

198 Cf. San Agustín, In ps. 2, 5; 31, 2, 5; 64, 2; 121, 1; 125, 7.

199 San Agustín, Sermón 34, 1-3.

200 San Agustín, De doc. Christ. 1, 25.

201 San Agustín, De Civ. Dei I, 15, 22.

202 Cf. San Agustín, In ps. 9, 15.

203 Santo Tomás de Aquino, In Epistolam Pauli ad Philippenses Lectura, c. 1, lec.1, 13.

en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia». Es una sintonía espiritual muy profunda, «compartís», en los ideales, en la interpretación y en las aspiraciones en Cristo. Ellos participan y entienden la gracia de San Pablo. Es una sintonía en el espíritu del Evangelio, una plena sintonía con el misterio de Cristo, pues lo que podría verse como fracaso o desgracia, es más, algo que parece que obstaculiza la evangelización, aquí es visto y vivido como una gracia compartida, que refuerza precisamente más la comunión entre san Pablo y los filipenses²⁰⁴. Este compartir situaciones desde el espíritu evangélico es lo que más une a las personas y crea un vínculo profundo, hasta el punto de poder decir que «os llevo en el corazón». El corazón es el lugar del querer, del sentir y del obrar, y, por ello, es el espacio en el cual se puede llevar a los hermanos. San Pablo considera a los filipenses asociados a la gracia de su apostolado; han sido compañeros de sus sufrimiento, pero también de su gracia, que esto lo que viene de Dios por doloroso que resulte²⁰⁵.

San Pablo y los filipenses están instalados en el misterio de Cristo, comparten el misterio cristiano y sus consecuencias en los discípulos, esta es la fuente de comunión entre San Pablo y los filipenses. En el fondo, el gozo, el sentimiento y la alegría de San Pablo están en esta comunión de fe, de esperanza y de caridad. Ello indica que es un tema mayor el que los une y los que les vincula afectivamente. San Pablo comparte con ellos el alma de su situación personal: «me hallo encadenas por Cristo» (1, 13), vivo en esta situación ciertas envidias y rivalidades revestidas de predicación de Cristo (cf. 1, 15), a pesar de todas estas intenciones no puras (cf. 1, 17) se alegra de que Cristo sea anunciado con sinceridad o con hipocresía (cf. 1, 18). Se alegra de trabajar en la obra de la salvación (cf 2, 12-18) y que los filipenses, sin dejarse intimidar, sostengan el mismo combate de la fe (cf. 1, 27-30).

204 Cf. Enzo Bianchi, o.c. , pp. 26-27.

205 Cf. Karl Staab, o.c., p. 254.

«Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús» (v. 8).

El texto dice «amor entrañable»; otros traducen «con las entrañas de Cristo». San Pablo afirma que su movimiento de amor hacia los filipenses parte de las «entrañas de Cristo», que es lo mismo que decir que ellos están habitando en las entrañas de Cristo, en el corazón de Cristo, por mediación ministerial del Apóstol. Este tipo de amor es el corazón del amor cristiano; es un amor que se sitúa a nivel profundo, pero esto, nuevamente, sólo es posible con y en el amor de Cristo donado por Él y realizado por cada discípulo. San Pablo les muestra a los filipenses que lo que le anima no nace de motivos humanos, o al menos, los motivos propios de la persona nacen, pero están fecundados y transformados en el amor de Cristo. Cristo es el fundamento de ese amor y el autenticador de ese amor. Aquí se cumple el principio espiritual cristológico que la distancia más corta entre dos personas es Cristo, porque Cristo nunca divide sino que une cuando está presente entre dos personas. Siempre que una relación pastoral tiene en medio a Cristo une a las personas y asegura la pervivencia de tal afectividad, porque ambos, pastor y fiel, se dejan guiar por la objetividad del misterio de Cristo en sus relaciones y manifestaciones afectivas; Cristo es el objetivador y el comprobador de tal relación de afecto. Esto es la madurez afectiva propia del mensajero de Jesucristo. No renuncia a su afectividad pero es una afectividad enraizada en las entrañas de Cristo.

El querer de un amor entrañable en Cristo Jesús es algo hermoso porque trasciende motivaciones menores en el dinamismo del amor. Trascender y trascenderse es precisamente el camino madurante de la persona porque toda hipertrofia del yo atrofia el dinamismo madurante, porque el yo anda tan preocupado y tan absorbido por sus propias necesidades psicológicas que impide crecer en la vida real relacional: «Vuelve a ti mismo, y cuando te hubieras encontrado, trasciéndete a ti mismo»²⁰⁶. El mensaje de la

206 San Agustín, *De vera relig.* 39, 72.

invitación al retorno comunica el camino dinámico del hombre: vuelve a ti mismo, entra dentro de ti y cuando te hubieras hallado, trasciéndete. No quieras permanecer en ti mismo egocéntricamente malográndote, sube arriba²⁰⁷: «Redeamus ad cor et inveniamus Eum»²⁰⁸, volvamos al corazón y le encontremos. Pues queriendo permanecer en ti mismo ni en ti mismo permanecerás si no te trasciendes. Es un descender para ascender²⁰⁹. El camino de crecer como persona requiere un sobrepasamiento de sí mismo, es decir, trascenderse y trascender favorece la más alta humanización, la espiritualización. Sólo el yo espiritual o la dimensión espiritual del yo es el guardián del verdadero crecimiento personal y la guía hacia las cumbres de lo humano, incluido lo psicológico, y de lo espiritual cristiano. Es preciso caminar del yo psíquico al yo espiritual, sin anular el primero. El proceso personalizador progresiva de crecimiento es un proceso de desposesión para llegar a poseerse al niveles más altos y para un más alto grado de comunión.

2. CONTEMPLAR LAS ENTRAÑAS DE CRISTO

Cristo miraba al hombre con las entrañas del Padre. Era un mirar lleno de amor trinitario. Contemplar las entrañas de Cristo es adentrarnos en el corazón de Cristo. Toda su personalidad estaba implicada en su mirada entrañable. Para meditar y hablar de entrañas exige hacerlo «entrañablemente»: «porque también se habla mal en las entrañas del espíritu, si no es con entrañable espíritu»²¹⁰. Las entrañas de Cristo son una unidad espiritual múltiple, porque implican diversos movimientos entrañables. Las entrañas, como el amor, son un acto único que abarca sentimiento, voluntad, entendimiento y acción²¹¹. Las entrañas de Cristo en acción pueden ser articuladas en tres dinamismos interiores que las configuran dentro de esa unidad, y que van a ser objeto de nuestra

207 San Agustín, Sermones, 330, 3; Confesiones, VII, 11, 17; X, 26, 37.

208 San Agustín, Confesiones, IV, 12, 19.

209 San Agustín, Confesiones, IV, 12, 19.

210 San Juan de la Cruz, Llama, prólogo 1.

211 Cf. Benedicto XVI, Deus caritas est, 38.

meditación sacerdotal: la mirada de las entrañas, la conmoción de las entrañas y la transformación mayéutica de las entrañas.

Los ojos de las entrañas de Cristo

Contemplando los diversos encuentros y miradas de Cristo, y deteniéndonos con la ayuda del Espíritu Santo en ellos, hallaremos los secretos de su corazón y podremos intentar describir los dinamismos de sus entrañas. Lo primero que se observa es que sus entrañas tienen una dimensión cognitiva, o dicho con la metáfora de Efesios (1, 18) son «los ojos del corazón». Las entrañas incluyen una inteligencia entrañable, integral y cálida: conocer como Dios nos conoce (cf II Cor 13, 13). Jesús se percata en los primeros discípulos, en la samaritana y en los discípulos de Emaús de sus deseos, de sus búsquedas, de los valores y del otro, pero al mismo tiempo este conocer y saber del otro por dentro va unido a su sentir, a su afrontar y a su edificar a la persona con la que se encuentra. Es cálida acogida perceptiva del otro y de los otros con un entendimiento saludable; comprende al otro con los ojos del corazón. Sin la colaboración del entendimiento y de la voluntad, las entrañas se pueden hipertrofiar y fagocitarse en un abismo afectivo amorfo e indefinido, decapitado y enfermizo. Las entrañas, para evitarlo, tienen racionalidad o dimensión racional de sí mismas en su ejercicio. La madurez de las entrañas no sólo son los sentimientos, sino que abarca todas las potencialidades del hombre e incluye al hombre en su integridad; por ello, además de sentimiento y voluntad, las entrañas implican entendimiento²¹².

El Señor, al mirar o al encontrarse con cada persona, la ve como posibilidad, como campo de Dios. Cada hombre, aun rebelde, tiene su momento de conexión hacia su meta teológica. Este mirar con entrañas por parte de Cristo supone que Jesús está instalado en «el solar del alma», en «la fuente clara de las verdades últimas»,

212 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 38.

para leer, «con corazón cercano y mirada limpia»²¹³, lo momentáneo de una persona y lo transitorio de ella, desde la radicalidad última y desde el papel que juega para ese itinerario de persona su posición existencial actual. Esta morada interior o solar del alma es la fuente no sólo de la percepción, sino del modo de juzgarlo, de afrontarlo y de acompañar sus conductas. La verdad debe ser amable, debe llevar entrañas, para ser verdad y para hacer bien como verdad.

La conmoción de las entrañas de Cristo

En todos los encuentros de Cristo los Evangelios registran expresiones como «se conmovió», «le dio lástima», «lo miró amándolo». Las entrañas de Cristo tienen desde la dimensión cognitiva que acabamos de analizar una nueva dimensión: la aprehensión viva y vivida de lo percibido, es decir, la conmoción de lo mirado, la resonancia en el alma del encuentro con tal persona. Las entrañas, en este segundo movimiento de sí mismas, hacen sentir y sienten lo pensado, lo percibido y lo encontrado; las entrañas experimentan los sentimientos del otro, su vida y sus problemas, es una acogida sentida y vivida. Esos registros evangélicos son vibraciones en el interior del alma de Cristo. Son conmociones que nacen de la profundidad de la riqueza interior del corazón de Cristo. Esta dimensión de las entrañas nos informa el momento o la realidad en la que Cristo recibe interiormente lo que capta con los sentidos y con la inteligencia, la profundidad interior y la riqueza interior de Buen Pastor. La primera dimensión de las entrañas, la cognitiva, tiene como tarea aprehender y captar los valores, el mundo y cada persona en su realidad personal; esta segunda dimensión de las entrañas, la de conmoción, tiene por misión acoger en sí, abrir el alma y recibir en ella lo percibido, pensado o captado: cada hombre y mujer habita en el corazón de Cristo.

213 Cf. Himno «Sólo desde el amor», LH, vol. III, p. 913.

Esta acogida dentro de sí del otro, de sus valores y de su mundo, depende, pues, de la mayor o menor profundidad de la personalidad que acoge; y esta mayor profundidad posibilitadora de la diferente acogida depende, a su vez, de la riqueza interior, que no otra cosa es que la morada en la que habita la persona, el centro de su alma desde donde mira y acoge al mundo: el abismo de amor de Cristo habita en el Padre. La conmoción, pues, revela la peculiaridad grandiosa y humana de lo teológico del alma del Redentor que se conmueve; indica la implicación personal de la persona de Cristo. La relación viviente, sus sentimientos hacia el Padre, con Dios del Hijo determina esa posibilidad de conmoción tan honda y tan sanante ante cada hombre y ante cada mujer.

La transformación mayéutica de las entrañas de Cristo

La tercera dimensión inseparable de las entrañas de Cristo, la direccionalidad, es la transformación mayéutica de cada hombre en imagen viva de él. Aquí las entrañas salen del pensamiento y de la conmoción, las dos primeras dimensiones arriba descritas, al acompañamiento y guía para que en el otro nazca Cristo, tome forma en él (cf. Ga 4, 19), por medio de una sabia y armoniosa conjunción de pedagogía descendente y pedagogía ascendente²¹⁴, es decir, conciliando armónicamente con sabia elasticidad en la ayuda espiritual y pastoral la propuesta clara del misterio de Cristo, pedagogía descendente, con la atención al caminante, pedagogía ascendente, es decir, al sujeto concreto empeñado en la aventura humana y cristiana con sus diversos ritmos de andadura y de crecimiento. Las entrañas de Cristo son lo más poderoso para transformar estados interiores propios y suscitados por el ambiente como remordimiento de conciencia sin perder la paz, dolencia del alma, el grito del mundo, la opresión del cuerpo; por ellas hacemos nuestros los méritos de Cristo; y a ellas se accede por sus heridas que nos curan (cf. Is 53, 5; I Pe 2, 24)²¹⁵. Esta dimensión

214 Cf. San Juan Pablo II, PDV, 61.

215 Cf. San Bernardo, Sermones sobre el Cantar de los cantares, Sermón 61, 3-5.

de las entrañas de Cristo transforma el afecto y la inteligencia en obrar, en acción, en toma de postura en la obra del otro hacia Dios; es implicación de la voluntad para colaborar en la transformación del otro.

Es muy importante esta tercera dimensión de las entrañas de Cristo para que todo encuentro, toda relación y toda conversación no quede cerrada en sí misma sin la salida que da el sentido; ciertamente la persona necesita acogida, ternura y hogar, pero no a cualquier precio, no afectividad por afectividad, ni reduciendo la ayuda a un desahogo sin dirección madurante, sin trascenderse. Esta dimensión de las entrañas, transformación de la situación personal a la luz de Cristo, evita que se adúltere el encuentro de ayuda y de pastoral porque no sugiere caminos para salir de ese cenáculo de amargura, y por el contrario lo refuerza.

3. LAS ENTRAÑAS DE CRISTO EN LAS ENTRAÑAS DEL SACERDOTE. LA CARIDAD PASTORAL

Hemos contemplado los dinamismos entrañables de las entrañas de Cristo. Hacer presente estas entrañas de Cristo es la identidad y la misión del presbítero. ¿Cómo pueden las entrañas de Cristo dinamizar las entrañas del presbítero? Es el camino de la caridad pastoral. Cada cristiano se santifica por la caridad, el presbítero por la caridad pastoral. Es muy necesaria la construcción progresiva de las entrañas de Cristo en las entrañas del sacerdote. La caridad pastoral es «participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo»²¹⁶, cuyo germen lo recibe el presbítero en su ordenación sacramental. La caridad de Cristo precisa de una configuración progresiva cristológica en la personalidad del presbítero.

216 San Juan Pablo II, PDV, 23.

La caridad pastoral tiene los ojos de las entrañas de Cristo para discernir el camino de cada persona hacia Dios

La caridad pastoral, en cuanto canalización de las entrañas de Cristo y su amor sponsal, empieza por escuchar con calor despierto y activo, en el fondo, con la atención propia de Jesucristo. El escuchar a cada hombre y a cada mujer es tiempo donado. Escuchar es permitir la resonancia del otro en el interior, por ello el escuchar es un acto eminentemente personal que indica mucho del que escucha y de su implicación en la relación dialógica. Comprender así, en las entrañas de Cristo, es darse a las personas en sus vivencias con afabilidad, dulzura y amabilidad, con entrañas. Vivenciar el vivenciar ajeno al darse al otro en el encuentro y en el diálogo es algo más que psicología y filosofía, pues más allá de la empatía, de las técnicas empáticas y de los métodos empáticos cada acto de empatía al otro en sus sentimientos es también una penetración en el reino del espíritu, tanto de él como de nosotros, porque en los sentimientos y emociones, dentro de ellos y causantes de ellos, están los valores valorados del otro, está el espíritu del otro. El espíritu está plasmado en toda manifestación psíquica. Este vivencia del mundo ajeno tiene como fin comprenderlo y discernirlo. Pero el mundo del fiel, su deseo, sus deseos, sus sentimientos, su afectividad, necesita un discernimiento, una purificación, una sanación, es más, una redención²¹⁷. El comprender entrañable se centra en el momento espiritual de la persona, en las disposiciones interiores que tiene para caminar cristianamente y en el espíritu que guía su vida a la luz del misterio de Cristo.

Caridad pastoral que se conmueve como entrañas de Cristo

Acoger como pastor al hombre es un acogerlo dentro de sí, abriéndole el alma, como casa en la que puede habitar, pero también es edificación del otro más allá de la mera afectividad; labor que es irrealizable si no nace en el alma del pastor el Verbo

217 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

encarnado con toda su potencia pascual para sanear las entrañas del discípulo presbítero; sólo el corazón ensanchado (cf. II Cor 6, 1-7, 1) da cabida al otro desprendidamente en un amor delicado. Sin embargo, hacer presentes en el presbítero las entrañas de Cristo requiere el proceso del ejercicio ministerial con todos sus dolores apostólicos: «Aparte de eso exterior, la carga de cada día, la preocupación por todas las comunidades. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre?» (II Co 11, 28-29). La vida del pastor es un aprendizaje incesante del corazón de Cristo. Hacer presente las entrañas de Cristo es un don, una tarea y un proceso en la personalidad presbiteral; supone una continua transformación del corazón del pastor para que el compromiso con el otro, con su herida, nazca de una compasión contemplativa que recorre toda el alma desde su centro para evitar que se caiga con facilidad en funcionalidad ideológica o prontuario frío de servicio²¹⁸.

La empatía cristiana tiene su propio estatuto y su propio corrector interior dentro de un movimiento global que el discípulo realiza hacia el prójimo, del que la empatía es un aspecto, incluso en algún sentido menor. Ella intenta ver y comprender los dinamismos comprensivos del otro, pero ese movimiento empático cristiano llega en ciertos momentos más allá a «cargar con los achaques de los otros y no buscar lo que nos agrada sino dar satisfacción al otro, mirando lo constructivo» (cfr. Rm 15, 1- 3). La empatía cristiana implica todo lo que hay dentro del estremecerse las entrañas, es «patía». Máxima plenitud de este movimiento multidireccional hacia el otro es Cristo: su encarnación, su redención en Él, asociación a su destino, ascensión de nosotros en Él. Por eso, la empatía cristiana está más allá de la empatía común, rebasando un puro esteticismo empático, pero al mismo tiempo sin contagio ni contaminación psicológicas con el otro y con sus estados y tendencias; ciertamente es difícil esta armonía sin que degenera a cualquiera de estos extremos. En el fondo, esta empatía

218 Cf. Timothy Radcliffe, *Una vida contemplativa*, Editorial San Esteban, Salamanca 2001, p.15

cristiana, fecundada por el interés, por la compasión y por la simpatía, es recibida como don y como tarea a conquistar: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios. Si los sufrimientos de Cristo rebosan en nosotros, gracias a Cristo rebosa en proporción nuestro ánimo» (II Cor 1, 3- 5). La conexión entre comprensión, empatía, simpatía y compasión configura la empatía cristiana. La empatía cristiana supone, al menos en el creyente, algo más que la empatía de libro, pues nace e implica más campos de lo personal en la relación, pero sin contagiarse ni paralizarse ni transferirse en la relación para no malograrla. Es bajar en su compañía a sus raíces.

Una de las dificultades de la empatía manifestada en profesionales de la ayuda y en el ministerio presbiteral es pasar de la empatía al contagio afectivo y emotivo. El otro al llegar a las entrañas del presbítero puede manifestar, sin maldad, un absorber las entrañas del presbítero, pero sólo el misterio de Cristo vivido por el presbítero evita una simbiosis anulante del propio presbítero, llevado de la compasión. La experiencia presbiteral sabe de estos contagios psíquicos ante el otro necesitado que absorben al presbítero llegando incluso a anularle, anulando su identidad presbiteral; el presbítero se ha acercado al otro como simple amigo, pero no como amigo presbítero que se ofrece, y que se rige y se regula por algo que le trasciende precisamente para preservarle siendo lo que es: pastor. Si la empatía es meterse en el mundo subjetivo del otro participando en su experiencia como si fuera propia y transmitirle esta comprensión, exige, evidentemente, la capacidad de poner entre paréntesis las propias opiniones, gustos y mundos interiores, y la práctica de mucha disciplina para no invadir al otro ni dejarse invadir afectivamente por él. Por otra parte, además, la propia persona del ayudante queda afectada en función de ser empático; quien ayuda, por tanto, se hace vulnerable en el contacto con el otro y con su situación. Esta vulnerabilidad se manifiesta cuando

la persona en una falsa empatía va más allá de ser en Cristo y se convierte por un exceso malsano de empatía en inservible, la sal se ha convertido en sosa (cf Mt 5, 13). El ayudante puede sufrir el síndrome de la identificación insana, que le implica de tal manera y le identifica de tal modo que contagiado pierde la separación emotiva, al no saber mantener la distancia afectiva que permite una mayor objetividad y consiguientemente una verdadera ayuda.

Caridad pastoral acompaña la transformación de las entrañas de Cristo en cada persona

La caridad pastoral acompaña el cambio y las fuentes de cambio en los fieles. La persona debe plantearse su vida como un programa de ser que se realiza colaborando con la gracia; es la tarea de la persona con el don de Dios; aportar personalmente algo constructivo, como disposición interior, para solucionar el problema. La acción es el estadio final de todo el proceso de la relación pastoral, pero es una acción o, mejor, un obrar a partir de un proyecto de ser en Cristo. Por ello, el inicio del cambio implica subrayar direcciones específicas que le conduzcan hacia el objetivo deseado y motivarle para que recorra ese camino hasta que alcance la meta de ser persona en Cristo.

Este acompañamiento exige, entre otras cosas, promover en el ejercicio ministerial una especie de pedagogía del deseo²¹⁹. Una pedagogía que comprende al menos dos aspectos: «En primer lugar aprender o re-aprender el gusto de las alegrías auténticas de la vida»²²⁰. «No todas las satisfacciones producen en nosotros el mismo efecto: algunas dejan un rastro positivo, son capaces de pacificar el alma, nos hacen más activos y generosos. Otras, en cambio, tras la luz inicial, parecen decepcionar las expectativas que habían suscitado y entonces dejan a su paso amargura, insatisfacción o una sensación de vacío. Educar desde la tierna

219 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

220 Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

edad a saborear las alegrías verdaderas, en todos los ámbito de la existencia —la familia, la amistad, la solidaridad con quien sufre, la renuncia al propio yo para servir al otro, el amor por el conocimiento, por el arte, por las bellezas de la naturaleza—, significa ejercitar el gusto interior y producir anticuerpos eficaces contra la banalización y el aplanamiento hoy difundidos. Igualmente los adultos necesitan redescubrir estas alegrías, desear realidades auténticas, purificándose de la mediocridad en la que pueden verse envueltos. Entonces será más fácil soltar o rechazar cuanto, aun aparentemente atractivo, se revela en cambio insípido, fuente de acostumbamiento y no de libertad. Y ello dejará que surja ese deseo de Dios del que estamos hablando»²²¹.

Un segundo aspecto de esta pedagogía del deseo es no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado en las experiencias y vivencias de los deseos, incluso honestos y nobles de esta vida ²²²: «Precisamente las alegrías más verdaderas son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes —querer un bien más alto, más profundo— y a percibir cada vez con mayor claridad que nada finito puede colmar nuestro corazón. Aprenderemos así a tender, desarmados, hacia ese bien que no podemos construir o procurarnos con nuestras fuerzas, a no dejarnos desalentar por la fatiga o los obstáculos que vienen de nuestro pecado» ²²³.

INVITACIÓN A COMPARTIR LA MEDITACIÓN

1ª. Comentemos el texto que sirve de título a esta meditación «Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús» (Flp 1, 8)».

²²¹ Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

²²² Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

²²³ Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de noviembre de 2012.

2ª. Comentemos las tres posibles dimensiones de las entrañas de Cristo.

3ª. ¿Podemos admitir que la madurez afectiva del sacerdote puede realizarla la caridad pastoral? ¿podemos testimoniar que existe un amor sponsal en el sacerdote que lo puede madurar afectivamente? ¿podemos compartir cómo suceden los contagios afectivos en el ejercicio del ministerio presbiteral?

ORACIÓN

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.

Oración

Oh Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Propuestas elegidas de la memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal

Curso 2018-2019. Encuentro y Comuni3n

CONSEJO EPISCOPAL



Propuestas elegidas de la memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal Curso 2018-2019. Encuentro y Comunión

1. La propuesta n. 3 de la dimensión humana del sacerdote:

«Motivar y alentar una auténtica fraternidad sacerdotal potenciando los distintos espacios de acompañamiento mutuo, de encuentro desinteresado, de trabajo y de búsqueda compartida de criterios, opciones pastorales y estilo de trabajo»²²⁴.

2. La propuesta n. 2 de las crisis del sacerdote:

«Se han de buscar y encontrar espacios de confianza y de amistad sacerdotal sincera: equipos sacerdotales unidos por la misión como el Arciprestazgo, grupos naturales de sacerdotes, párroco y vicario parroquial, amigos sacerdotales desde la juventud»²²⁵.

3. La propuesta n. 5 de la dimensión eclesial del presbítero:

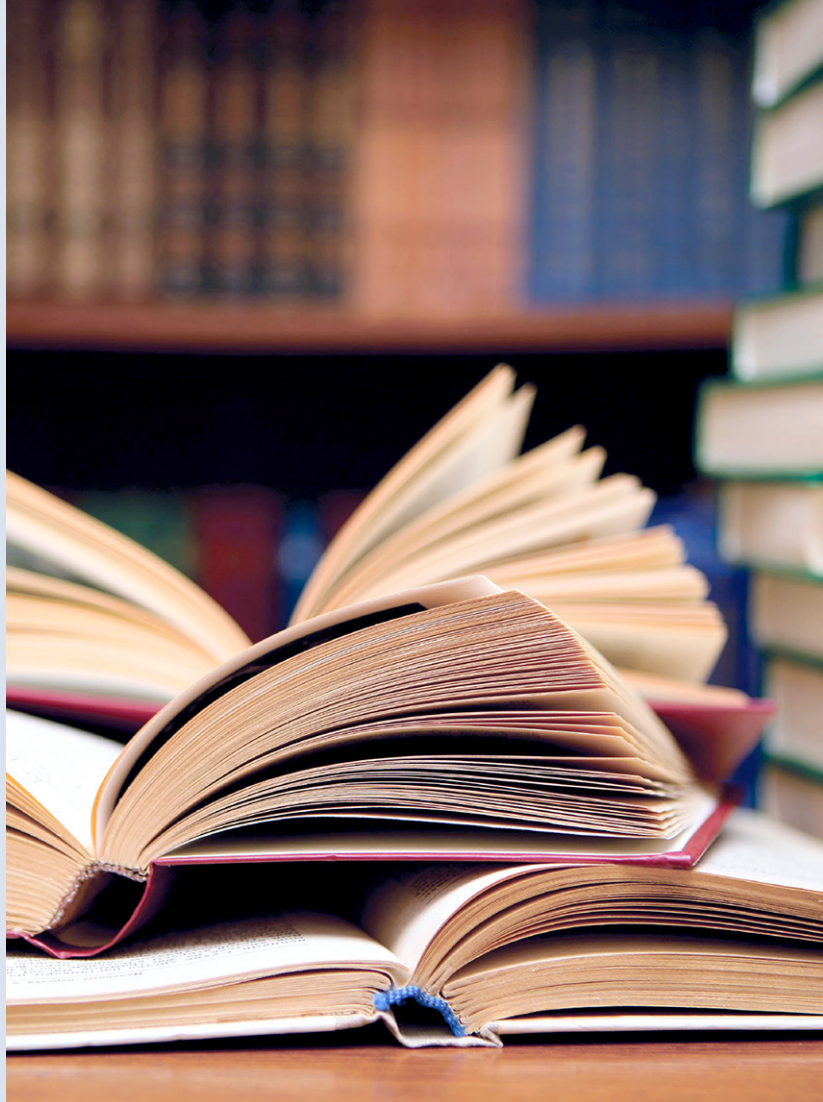
«Las reuniones de Arciprestazgo: cualificar sus fines y su método, sus horarios, la elección y la función organizativa del arcipreste como persona idónea de comunión y tensión evangelizadora»²²⁶.

224 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 31.

225 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 43.

226 Memoria del Encuentro Diocesano Sacerdotal, p. 75.

OFERTAS FORMATIVAS CURSO 2018-2019



Ofertas formativas curso 2018-2019

- **CÁTEDRA DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL «SAN JUAN DE ÁVILA»**

Cursos homologados a Licenciatura en Teología

Las actitudes del Evangelizador: evangelización y madurez afectiva, Agustín Sánchez Manzanares

La Antropología del camino espiritual, Pedro Luis Vives Pérez

Espiritualidad Bíblica, Pedro Luis Vives Pérez y otros Profesores

Seminario: San Vicente Ferrer, predicador del evangelio, Varios Profesores

- **JORNADAS DE TEOLOGÍA**

«El ministerio de la Homilía en la vida del presbítero»

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, COMISIÓN DEL CLERO

5, 6 y 7 de noviembre de 2018

FECHAS A CONSIDERAR DEL CALENDARIO
DEL PLAN DIOCESANO 2018/2019



Fechas a considerar del calendario del Plan Diocesano 2018/2019

1. Ejercicios espirituales para los Sacerdotes: 22-26 de octubre de 2018.
2. Jornada de Teología: 5, 6 y 7 de noviembre de 2018.
3. Jornada de Filosofía: «Los filósofos y los sentimientos», 9 de febrero de 2019.
4. Ejercicios Espirituales para Sacerdotes: 18-22 de febrero de 2019.
5. Misa Crismal: 15 de abril de 2019.
6. Día del Clero: 6 de mayo de 2019.
7. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote: 13 de junio de 2019.
8. Sagrado Corazón de Jesús. Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes: 28 de junio de 2019.

